CADALSO Y VÁZQUEZ, JOSÉ (1741-1782)

LOS ERUDITOS A LA VIOLETA

ÍNDICE:

INTRODUCCIÓN

ADVERTENCIA

DEDICATORIA (a Demócrito y Heráclito)

LUNES.
Oración con que se da principio al curso y primera lección

Idea general de las ciencias, su objeto y uso, y de las calidades que han de tener mis discípulos

I
II

MARTES.
Segunda lección: Poética y Rhetórica.

MIÉRCOLES.
Tercera lección: Filosofía antigua y moderna.

JUEVES.
Cuarta lección: Derecho natural, y de las gentes.

VIERNES
Quinta lección. Teología.

SÁBADO.
Sexta lección: Matématica

DOMINGO.
Séptima lección: Miscelánea.

INTRODUCCIÓN

En 1772 la madrileña imprenta de don Antonio de Sancha daba a la estampa una pequeña obrita de sesenta y ocho páginas en octavo, que habría de proporcionar a su autor una de las más reconocidas popularidades literarias del último tercio del siglo XVIII. El título Los eruditos a la violeta o curso completo de todas las ciencias dividido en siete lecciones para los siete días de la semana. El autor: Don Joseph Vázquez, quien lo publica en obsequio de los que pretenden saber mucho, estudiando poco, según reza en la portada. Por si quedara alguna duda acerca de la intención, carácter y destinatarios de la obra, en la segunda página se nos ilustra convenientemente, a través de una Advertencia de los propósitos de este papel irónico. En efecto, se trata de una «sátira ingeniosísima y deliciosa contra la falsa ciencia», como más tarde dijera Menéndez Pelayo. Y más aún, «una clave para interpretar toda una época», según reconoce unánimemente toda la crítica.

Este agudo observador de la sociedad y del estado de las Ciencias y las Letras en el Siglo de la Ilustración no era otro que José Cadalso y Vázquez, figura humana y literaria apasionante, compleja, contradictoria y controvertida del XVIII español.

El éxito obtenido por los Eruditos a la violeta es tal que, según afirma su autor, tuvo la fortuna de despacharse toda la impresión (menos veinte y siete ejemplares, para que el diablo no se ría de la mentira) antes que se pudiese anunciar en la Gaceta». El anuncio a que se refiere Cadalso pertenece al 13 de octubre. Movido por tan favorable acogida, compone y publica este mismo año un Suplemento al papel entitulado Los eruditos a la violeta, anunciado en la Gaceta de Madrid con fecha 29 de diciembre. Este grupo de obras se completa con El buen militar a la violeta, fechado por Cadalso el 1 de diciembre de 1772 y publicado póstumamente. Resulta obligado hacer, además, mención de un folleto titulado Junta que en casa de don Santos Celis tuvieron ciertos eruditos a la violeta y parecer que sobre dicho papel ha dado el mismo a don

Manuel Noriega, habiéndosele éste pedido con las mayores instancias desde Sevilla, cuyo autor, don Santos Manuel Rubín de Celis y Noriega, participó vivamente en la polémica desencadenada a partir de la publicación de la obra de Cadalso.

Antes de finalizar 1772 Los eruditos conocen una nueva impresión, con ligeras modificaciones, y un total de siete ediciones en el siglo XVIII. Voltaire mostró su complacencia por la obra y Richard Twiss la dio a conocer al público inglés. Sin embargo, tal vez sea la rápida extensión en el habla coloquial de la expresión «a la violeta», la que mejor evidencie la fortuna que tuvo el librito entre sus contemporáneos. El propio Cadalso nos explica la razón del calificativo: «me inflaman los primorosos aplausos de tanto erudito barbilampiño, peinado, empolvado, adonizado y lleno de aguas olorosas de lavanda, sanspareille, ámbar, jazmín, bergamota y violeta, de cuya última voz toma su nombre mi escuela».

Según piensa Glendinning, el fracaso de Don Sancho García y el consiguiente desprecio de Cadalso hacia un público ignorante incapaz de apreciar los valores de su tragedia,

fueron elementos decisivos para la composición de Los eruditos, obra que pudo estar acabada en 1771, antes de la muerte de María Ignacia. En efecto, su autor declara en las «Noticias pertenecientes a esta obra», incluidas en el Suplemento que «la dejé olvidada cerca de un año».

A pesar de la extraordinaria novedad de la estructura y el método de la sátira de Los eruditos, la crítica ha señalado un notable cúmulo de fuentes e influencias, entre las que se encontrarían La culta latiniparla, de Quevedo, De charlatanería eruditorum, de Mencken; Fray Gerundio, del Padre Isla; La philosophe soi-disant, de Marmontel; la Carta dirigida a un amigo, de Juan Manuel de Haedo, diversas obras enciclopédicas, así como aquellas en las que se critica a los falsos intelectuales. Sebold considera, además, una fuente no literaria: la academia de Azcoitia, que desde 1748 seguía un programa de formación y debate organizado según los días de la semana, muy próximo al que Cadalso nos ofrece en Los eruditos.

Como ya vimos al enunciar el título completo de la obra, ésta se divide en siete lecciones -precedidas de una «Advertencia», que, según creemos, deja fuera de dudas el carácter de la sátira, y una «Dedicatoria a Demócrito y Heráclito», humorística- El contenido de ellas es el siguiente: 1) «Idea general de las ciencias, su objeto y uso, y de las calidades que han de tener mis discípulos»; 2) «Poética y Retórica»; 3) «Filosofía antigua y moderna»; 4) «Derecho natural y de gentes»; 5) «Teología»; 6) «Matemática»; y 7) «Miscelánea» (historia, lenguas vivas, blasón, música, viajes -incluye las «Instrucciones dadas por un padre anciano a su hijo que va a emprender sus viajes»- y crítica). En suma, una pequeña «enciclopedia», claro está, de superficialidad y erudición hueca. Algunos temas faltan, y Cadalso aprovecha las omisiones como motivo de burla en una «Nota» que incluye al final de la segunda de las cartas del Suplemento:

«Se me había olvidado decir, y no pasaré de aquí sin decirlo, porque no se me olvide en adelante, que en el curso completo de todas las ciencias no hablé de Leyes civiles, ni de Medicina. Con todo cuidado omití, porque como tengo muchos mayorazgos, espero heredar otros más; mi carrera es de hacer dinero, y mi genio es de atesorarle: no quiero formar malos abogados que pierdan mis pleitos; y como mi salud está en su punto, no quiero malos médicos que me maten»

Aunque diversas han sido las opiniones acerca de la intención de Cadalso al escribir su sátira, él mismo se encarga de dejar bien claro que su «papel irónico» se dirige a los «seudoeruditos» con el fin de que «los ignorantes no los confundan con los verdaderos sabios». Para ello adopta nuestro autor una perspectiva que un contemporáneo suyo, José María Vaca de Guzmán, reconoció con lucidez:

«Por uno de los dos rumbos camina la sátira, o el satírico reprehende el vicio en derechura, o se finge uno de los viciosos para ridiculizarle más visiblemente eligió este último Cadalso como más entretenido.

Sin embargo, no faltaron quienes, desde la aparición de la obra, acusaran a Cadalso del mismo vicio que él intentara poner en evidencia: la superficialidad. Nuestro autor responde así a la crítica en las «Noticias» incluidas en el Suplemento:

«Que yo mismo me he retratado. Si se entiende por erudito a la violeta un hombre que sabe poco, declaro que me he retratado con vivísimos colores, por más que el amor propio quiera borrar el cuadro; pero si se entiende por erudito a la violeta lo que yo entiendo y quise que todos entendiesen desde que puse la pluma al papel, a saber: uno que, sabiendo poco, aparente mucha ciencia, digo que no se me parece la pintura ni en una pincelada».

Sin embargo, este argumento no debió convencer mucho ni a Valmar ni a Menéndez Pelayo, que insisten en el defecto. Este último afirma: «José de Cadalso, mediano escritor en todas sus obras, excepto la sátira en prosa que tituló Los eruditos a la violeta, precisamente porque en ella se retrató de cuerpo entero, siendo, como era, hombre de instrucción varia y superficial, aunque de culto y despejado ingenio». Es evidente que, aceptado el método de la crítica cadalsiana, en Los eruditos ha de combatirse la pedantería con pedantería. El gran reto era conseguir el propósito sin llegar a ser -aunque parezca paradójico- pedante. Tal vez éste sea el gran defecto de Cadalso en su obra: que se torne, a ratos, demasiado en serio ese barniz de conocimientos cuya única función es la de pavonearse en sociedad y conseguir prestigio y éxito, y se memora en largas relaciones de nombres, citas y datos acumulativos.

La cuestión es más compleja. «En realidad -afirma Glendinning-, el Profesor desempeña en la obra un doble papel: por un lado, nos descubre los propósitos y las cualidades superficiales de sus alumnos, mientras que, por otro, nos señala la verdadera naturaleza del conocimiento que esos alumnos repudian». En efecto, no resulta difícil descubrir que Cadalso está convencido de «lo arduo que es poseer una ciencia, lo difícil que es entender varias a un tiempo, lo imposible que es abrazarlas todas y lo ridículo que es tratarlas con magisterio, satisfacción propia y deseo de ser tenido por sabio universal». Por ello arremete contra los que utilizan un acopio de erudición inútil como un adorno más, y, en el fondo, contra la sociedad que acoge este fraude con admiración y aplauso. Opone en numerosas ocasiones -y de forma evidente en las cinco «Cartas de mis discípulos»- la frivolidad de unos jovenzuelos que creen saberlo todo a la gravedad y humildad de los hombres maduros familiarizados con el duro ejercicio del estudio.

En algunas ocasiones se ha indicado que si en Los eruditos encontramos la teoría del sistema «violeto», en las «Cartas» incluidas en el Suplemento se nos ofrece la práctica. En ellas, un matemático, un filósofo, un «publici-jurisperito», un teólogo y un viajante, seguidores de la erudición «a la violeta», exponen análogas situaciones -excepto en el caso del teólogo-; cada uno de ellos, tras glosar brevemente los progresos prodigiosos obtenidos en cada una de las respectivas materias, exponen una situación de ridículo provocada por el choque de su superficialidad con la gravedad de algún asistente de edad. Alguno intenta «volver al buen camino» y esforzarse en el aprendizaje riguroso de la ciencia. Sistemáticamente vuelven a reincidir en la superficialidad de que hacen gala. Al

final de la carta primera Cadalso caricaturiza con ingenio el fondo social que permite tales aberraciones:

«¿Qué sacarás de tanto estudiar? Malas noches, días tristes, jaquecas, ausencias de la sociedad, privación de placeres y ridiculeces de estudiosos. Si te entregas a esas especulaciones, abstractos raciocinios, silogismos encadenados, largas demostraciones y continuas tareas, no tendrías tiempo de perfeccionarte en el baile, en que has hecho tan envidiables progresos en tan pocos meses; no te dejarías arreglar el pelo por ese divino peluquero, que acaba de llegar; no podrías pasearte en aquel primoroso coche; no asistirías a aquel gracioso tocador; no, no valdrías nada. Te silbaríamos tus buenos compañeros; te abandonaríamos tus buenos amigos, y se malograba en ti una edad deliciosa, una persona agradable, una voz halagüeña, un genio gracioso y tantas prendas como naturaleza te dio con pródiga mano. Ensánchate el corazón y vuelve a nuestro método a la violeta, y vamos al Prado».

Tal vez, en el fondo, debamos convenir con Glendinning que «la conclusión que de la obra se desprende es muy pesimista. Demuestra cómo el vano e ignorante puede ganar posición y respeto, y hasta dominar en la sociedad, con exclusión de los sinceros y auténticamente estudiosos». Una situación tal vez no muy diferente a la que impera en nuestros días. De ahí la palpitante actualidad de Los eruditos a la violeta; su frescura que, por encima de ciertos momentos de lapidarias relaciones, puede movernos a la sonrisa o a la severa preocupación.

Manuel Ángel VÁZQUEZ MEDEL

Advertencia

En todos los siglos y países del mundo han pretendido introducirse en la república literaria unos hombres ineptos, que fundan su pretensión en cierto aparato artificioso de literatura. Este exterior de sabios puede: alucinar a los que no saben lo arduo que es poseer una Ciencia, lo difícil que es entender varias a un tiempo, lo imposible que es abrazarlas todas, y lo ridículo que es, tratarlas con magisterio, satisfacían propia, y deseo, de ser tenido por sabio universal.

Ni nuestra Era, ni nuestra Patria está libre de estos Pseudoeruditos. (si se me permite esta, voz) A ellos va dirigido este Papel irónico, con el fin de que los ignorantes no los confundan con los verdaderos sabios, en desprecio y atraso de las Ciencias, atribuyendo a la esencia de una Facultad las ridículas idéas, que dan de ella los que pretenden poseerla, quando apenas han saludado sus principios.

Dedicatoria a Demócrito y Heráclito

Diferentísimos Señores:

Aunque en todos los siglos habran ofrecido mucho que reír, y que llorar las pasiones y flaquezas de los hombres, y por consiguiente en vuestra edad tendríais bastantes objetos de llanto y de risa, no obstante. me parece que la Era en que sale al luz este papel merece que resucitéis, para reír el uno a carcajada tendida, y llorar el otro a moco suelto sobre la literatura y los literatos; prescindiendo de los muchos otros motivos que diz que hay de llanto y de risa.

Júpiter os guarde de todo mal; pero sobre todo, de un mal erudito.

LUNES

Oración con que se da principio al curso y primera lección

Idea general de las ciencias, su objeto y uso, y de las calidades que han de tener mis discípulos.

Siglo feliz! Edad incomparable en los anales del tiempo! envidia de la posteridad admirada, y afrenta de la ignorante antigüedad! Rásgase el velo de la ignorancia desde la estrella el Cirio hasta la que está ex diametro opuesta a ella en la immensa esfera. Brotan torrentes de ciencia desde ambos polos del mundo. Huyen veloces las tinieblas de la ignorancia, de desidia, y preocupación de una en otra extremidad de la tierra, y húndense en sus negros abismos, ilustrado todo el Orbe por un número asombroso de profundísimos Doctores de veinte ycinco a treinta años de edad. Hasta nuestra España, tierra tan dura como el carácter de sus habitantes, produce ya unos hijos que no parecen descendientes de sus abuelos. Siglo feliz! digo otra vez. Mas felices vosotros que en él nacisteis! mas feliz que todos juntos yo solo, a quien la fortuna, mas que el mérito, ha colocado en esta sublime cátedra, para reducir, a un Sistema de siete días toda la erudición moderna.

Me acobarda, sin duda, lo complicado de este proyecto, pero me alienta el deseo de la gloria: me detiene lo respetable de mi auditorio; pero me incita la estimación que me merece: me hiela en fin el temor de la crítica que me hagan unos hombres tétricos, serios, y adustos; pero me inflaman los primorosos aplausos de tanto erudito barbilampiño, peinado, empolvado, adonizado, y, lleno de aguas olorosas de lavanda, sanspareille, ámbar, jazmín, bergamota, y violeta, de cuya ultima voz toma su nombre mi Escuela.

Puestos en dos balanzas (o afiligranadísimo, narcisísimo, y delicadisinio auditoria mío!) lo atractivo y espantoso me atrae lo agradable, como la luz a la mariposa, y reduciendo a dos puntos esta corta oración, empiezo. El primero contendrá una idea general de las Ciencias, su utilidad y objeto. El segundo propondrá las calidades que se requieren para seguir estos estudios, sirviendo uno y otro de primera lección de este curso.

I

Si oímos a los hombres graves hablar de las Ciencias, nos dirán que ellas son los resplandores de aquella luz con que nacemos: que todas ellas tienen la más estrecha conexión entre sí; pero que es suficiente cada una por sí sola para ocupar la mente del hombre a quien llaman muy debil por su naturaleza, y casi incapaz, si se consideran sus preocupaciones, pasiones, o distracciones, la fuerza de la costumbre, y las flaquezas, miserias y enfermedades del cuerpo, de cuyos órganos se vale el alma para sus descubrimientos físicos: que por eso se han visto raras veces algunos pocos hombres aplicarse con igual suceso a dos facultades: dirán también, muy pagados de su trabajo, que el objeto común de todas ellas, y la utilidad que han prestado los hombres se divide en dos: una es obtener un menos imperfecto conocimiento del Ente Supremo, con cuyo conocimiento se mueve más el corazón del hombre a tributar más rendidos cultos a su Criador, y la otra es hacerse los hombres mas sociables comunícandose mútuamente las producciones de sus entendimientos, y unirse, digámoslo así, a pesar de los mares, y distancias.

Muy santo y bueno será todo esto; y yo no me quiero meter ahora en disputarla: pero yo y vosotros mis discípulos, hemos de considerar las Ciencias con otro objeto muy diferente.

Las Ciencias no han de servir más que para lucir en los estrados, paseos, luneta de las comedias, tertulias, antesalas de poderosos, y cafés, y para ensoberbecernos, llenarnos de orgullo, hacernos intratables, e infundirnos un sumo desprecio para con todos los que no nos admiren. Este es su objeto, su naturaleza, su principio y su fin.

II

En este infalible supuesto, desechad todo género de moderación con los iguales, toda clase de respeto a los mayores, y toda especie de compasión a los inferiores; y conseguiréis justamente el nombre de sabios, por esto solo; adquiriendoos tanto más renombre cuanto lo obstentéis con mas presunción, adornandoos conla erudición siguiente. En esto se incluyen todas las calidades necesarias para entrar en la carrera, con sólidas esperanzas de que os aprovechen mis instrucciones,y me acrediten vuestros lucimientos.

Basta por hoy. Corta ha sido la primera lección; ¿pero qué río, por caudaloso que entre en la mar, no nace pequeño arroyuelo, cuyo manantial no pueda cubrirse con la hoja de un árbol? Mañana seré más difuso en la Poética y Rhetórica, que son las Facultades más tratadas en nuestros días, aunque en ningunos ha habido menor número de Poetas y Oradores.

MARTES

Segunda lección: Poética y Rhetórica

¿Qué os parece que es la Poesía? ¿Habéis creído acaso que sea una Facultad digna de que la cultiven los mayores ingenios? ¿Acaso os hace fuerza que algunos de los primeros Filósofos, Historiadores, y Legisladores hayan escrito sus sistemas, sus anales, y sus preceptos en verso? ¿Os espantaréis por eso, y pronunciaréis con algún aprecio los nombres y Obras de los principales Poetas? Desechad esa pusilanimidad, y aprended de mí a rajar de alto abajo, y hacer astillas todo el monte Parnaso.

Decid poco de los Poetas Griegos. Bastará que repitáis: ¡Qué imaginación la de Homero! ¡Qué sublimidad la de Píndaro! ¡Qué dulzura la de Anacreonte! ¿Sin Homero qué hubiera sido Virgilio? O bien tomando la contraria con un moderno famoso, diréis: ¿Qué mérito tiene Homero sino la mucha invención, aunque con la pobreza de repetir unas batallas tan parecidas las unas a las otras, y de fingir unos Dioses tan parecidos a los hombres en delitos y flaquezas? Los Latinos me desagradan menos; Virgilio, por ejemplo: y encajad a secas y sin llover la familia, patria, fortuna y vida del Mantuano, con quien os dignáis de andar más benignos. No os olvidéis la adulación que hizo a Augusto, cuando con motivo de lo acaecido en las festividades de Roma, dijo muy al caso:

Nocte pluit totâ, redeunt Spectacula mane:
Divisum Imperium cum Jove Cæsar habet.

Diréis como de pura modestia no firmó este dístico, y como se aprovechó otro Poeta, sin duda menos corto de genio, y lo adoptó en público, como hijo de sus entrañas. Exclamad aquí de paso contra los plagiarios, apretando mucho sobre la voz plagiato, que es griega por todos cuatro costados. Contad como Virgilio lo sintió, y puso el principio de un pentámetro (apretad sobre la voz pentámetro, que no le va en zaga a piagiato)

Sic vos non vobis...

Repitiéndolo cuatro veces, como desafiando a los Literatos a que les llenasen; y viendo que nadie salía al desempeño (porque en todos tempos ha habido muchos sabios de teórica y pocos de práctica) él mismo, a rostro descubierto, puso en un parage público, como si dijéramos en la Puerta del Sol de Madrid, la siguiente friolera:

Hos ego versiculos feci, tulit alter honores.
Sic vos non vobis nidificatis aves:
Sic vos non vobis vellera fertis oves:
Sic vos non vobis mellificatis apes:
Sic vos non vobis fertis aratra boves.

Proseguid salpicando sus Obras de este modo. Notad las expresiones enérgicas del pastor Corydon en la Elegía segunda, y en la cuarta la elevación de estilo, con que habla en tono profético, diciendo:

Jam nova progenies Cœlo demittitur alto.

No echéis en olvido el famoso verso que, si lo hubiera hecho un estudiante, le hubiera costado azotes de mano de su Pedagogo.

Chara Deum soboles, magnum Jovis incrementum.

Saltad de allí a las Geórgicas, y de ellas adelante, diciendo que Mr. Reaumur, y otros Académicos han escrito mejor de las abejas, y cultura de los campos: lo cual ya veis es muy del caso para el mérito poético, de que se trata.

Empezad la Eneida, dando noticia del tiempo, que tardó en componerla, que la dejó imperfecta, como lo demuestran los versos por acabar, que estando en la hora de la muerte, mandó que la quemaran; pero que sus Albaceas no siguieron su última voluntad, como sucede muchas veces, y formaron escrúpulo de privar a la República literaria de este tesoro. Disputad sobre si los cuatro versos anteriores al arma virumque cano, se deben o no comprender en el poema: Y sobre esto dadlas, y tomadlas, gritad, clamad, chillad hasta que veáis que los oyentes bostezan, que en tal lance, para no echar a perder el día, será preciso que digáis con furor los versos de la tempestad desde el 81 hasta el 135, en el que os debe parar el quos ego, que todos pretenden explicar y ninguno ha entendido hasta ahora. No os olvidéis los amores de Dido, y Eneas, que Venus fomentó por medio del inocente Ascanio. Diréis que Virgilio cometió en eso un horroroso anacronismo; y no expliquéis esta voz griega, como no estéis de muy buen humor aquel día. Supongo que daréis principio al segundo libro con aquello de

Conticuere, omnes intentique ora tenebant,
Inde toro pater Æneas sic orsus ab alto.

Reparad bien en lo de toro y pater, que no era todo uno; relatad el sitio de Troya, la picardía de Sinon, la desgraciada Casandra, la muerte de Lacoonte, la entrada del Caballo, que para serviros era nada menos que instar montis. Notad la elección de voces en los versos en que dice, que un amigo tiró una lanzada al Caballo, y sucedió que...

...Stetit illa tremens; uteroque recuso,
Insonuere cavæ, gemitumque dedere cavernæ

Que no parece sino que está uno viendo vibrar la flecha, y oyendo el eco de las concavidades. ¿Pues qué de aquello, que dice Héctor a su vecino, cuando se le aparece ensangrentado? a saber:

Heu! fuge, nate Deâ, teque his, ait, eripe flammis.

Pasad al libro cuarto, que es el más bonito; decid lo de la selva, tempestad, cueva, &c. y deste modo tomad una flor de cada ramillete, por toda la extensión de la Obra; y todo el mundo os tendrá por grandes Poetas, y tan grandes que os encargarán acabéis los versos que lo necesitan en la Eneida. De más a más habéis de insinuar con aire misterioso, y

como si él mismo hubiera venido a propósito del otro mundo para decíroslo al oído, que si Virgilio hizo tan llorón y tan supersticioso a su Héroe fue por lisonjear a Augusto, cuyo carácter era muy análogo al fingido de Eneas; y no olvidéis la palabra análogo, por amor de Dios, porque ya veis que es muy bonita.

De Ovidio habréis de charlar con igual despotismo decid también su nacimiento, origen, amores, destierro y muerte. No os aconsejo que os metáis en los Metamorfoseos, ni Fastos: id a lo elegíaco que es mas florido y gustoso. Notad lo dulce de sus tristezas, en sus Elegías y Cartas del Ponto, sus comparaciones, y sus amplificaciones, y su ternura en las Cartas heroidas, y su magisterio en el Arte amandi. Insinuad lo de Livia, y lo de Corina. Os pido, por vuestro honor y el mío, digáis con mucha frecuencia muchos versos de este azucarado Poeta, por ejemplo toda la Elegía segunda del libro primero, que empieza...

Cum subit illius tristissima noctis imago, &c.

Las quejas de un amigo suyo, de quien se veía abandonado en su desgracia (en lo cual, a fe mía, que no han mejorado los tiempos) y es el principio de la Elegía séptima:

In caput alta suum labuntur ab æquote retro
flumina; conversis solque recurrit equis.

y al mismo propósito en la Elegía octava los versos cinco y seis, y la comparación que sigue:

Donec eris felix multos numerabis amicos:
tempora si fuerint nubila, solus eris.

En el libro segundo de los Tristes notad el principio y los versos 33 y 34. que dicen, si mal no me acuerdo...

Si quoties peccant homines, sua fulmina mittat
Jupiter, exiguo tempore inermis erit.

En la primera Elegía da libro cuarto aprended de memoria aquellas hermosísimas comparaciones del alivio, que hallaba en la Poesía, con el que hallan los que trabajan al son de sus canciones, diciendo...

Hoc est cur cantet vinctus quoque compede fossor.

Y sobre todo, sabed como un Papagayo toda la Elegía décima del libro 4 en que él mismo cuenta su vida, su vocación a la Poesía, la reprehensión de su padre sobre que no hiciera coplas, y su terquedad en quererlas hacer...

Sæpe pater dixit studium quid inutile tentas?

Y como le argüía el pobre viejo sobre que el camino del Parnaso es el mismo que el del Hospital, pues todo el que profesa en la Poesía hace voto de pobreza, ipso facto, testigo el primero de todos los que se pueden citar por Poetas y por pobres.

Mæonides nullas ipse reliquit opes.

Pero estaba de Dios que el niño había de ser Poeta, contra viento y marea, pues él mismo dice, que cuando más descuidado estaba, hétele ahí que le venía un flujo de versificar, que se lo llevaba de calles, y

Sponte suâ carmen numeros veniebat ad aptos,
& quod tentabam dicere versus erat.

Y así de sus otras Obras, y por mía la cuenta.

De Horacio diréis que es muy sentencioso, abundante en metros diferentes, y que sus hexámetros no son los mejores, como tampoco lo es el acabar sus versos con un et, o con media palabra; y sacad luego, luego, su par de ejemplitos, aunque nadie los quiera ver.

Ejemplo primero.

Fastidiosam dicere copiam, et
molem propinquam nubibus arduis.

Ejemplo segundo.

Virtus repulsæ, nescia sordide in-
contaminatis fulget honoribus.

Haréis que todos observen, que los principios de sus odas anuncian más de lo que son, en realidad de verdad; y con este motivo echad al montón, que Dios crió, los siguientes principios.

1

Integer vitæ scelerisque purus
non eget mauris jaculis necque arcu,
nec venenatis gravida sagittis,
Fusce, partera

2
Eheu! fugaces Posthume, Posthume,
labuntur anni

3
Odi profanum vulgus et arceo.
Favete linguis: Carmina non prius
audita, musarum sacerdos,
Virginibus, puerisque canto
regum timendorum in proprios greges
reges in ipsos imperium est jovis,
clari giganteo triumpho
cunta supercilio moventis.

Y al pronunciar este ultimo verso, arquead las cejas, mirad al rededor, por encima de las cabezas de todos, extendiendo el brazo derecho; esto es, si sois muy altos, porque si sois chicos, como yo, tendréis que encaramaros sobre una mesa: Podréis proseguir citando otros varios.:

Justum, et tenacem propositi virum
non civium ardor prava jubentium,.
non vultus instantis tirani
mente quatit solidâ.

Copiándolos y aprendiéndolos de memoria, pidiendo un Horacio prestado a un amigo, que sin duda os lo prestará de buena gana, y dinero encima por no otros. De su Arte Poética sabréis de memoria los primeros versos, y el séptimo y siguientes, que forman la ejecutoria de la moda, pues le concede tantos privilegios que dice expresamente.

Multa renascentur que jam cecidere; cadentque qua nunc sunt in bonore vocabula, si volet usus quem penes arbitrium est et jus et norma loquendi.

De Lucano diréis que se le conocía lo Español en lo fanfarrón, y que después de leída la Eneida, ¿quién ha de leer la Farsalia? No obstante, diréis su Patria y Obras, (digo por el título) y tomaréis unos cincuenta versos de memoria, para llenar el tiempo, si os sobrare, lo que dudo muy mucho.

De Marcial celebraréis la ingenuidad, que otros llaman indecencia, con que llama cada cosa por su nombre; pero, por lo que es cuenta, sabréis media docena de sus epigramas, para repartirlos entre los felices mortales que os escuchen con frecuencia; y cuidado no recitéis delante de alguna vieja el siguiente:

Si memini, fuerant tibi quatuor, Ælia, dentes.
Expuit una duos tussis, et una duos.
Jam secura potes totis tussire diebus;
.Nil istic quod agat tertia tussis habet.

Con igual ligereza y despotismo trataréis a Juvenal, Persio, Propercio, Tibulo, y Catulo con todos los restantes, en la seguridad de que en todos tendréis igual acierto, y

admiración de parte de los inteligentes, y aún gratitud de la de los interesados, si resucitaran, y os oyeran.

De los nuestros, ya os oigo preguntarme que habéis de decir? Allá voy, pero tomemos un poco de descanso, que el Parnaso es largo, y dificultoso de andar.

Diréis que han tenido cosas buenas y malas otras tantas (verdad incontrastable que conviene a la mayor parte de los hijos de Adán.).

Nombraréis a Juan de Mena, Boscán, Garcilaso, León, Herrera, Ercilla, Mendoza, Villegas, Lope, Quevedo, etc.

Citad de Juan de Mena los versos dodecasílabos de sus Coplas. Ejemplo:

Al muy prepotente Donjuan el segundo, etc.

Las famosas octavas a su modo, en que pinta los lamentos de una madre al ver a su hijo muerto en la guerra, y empiezan, si no me engaña la memoria:

Bien se mostraba ser madre en el duelo
que hizo la triste, después que ya vido
el cuerpo en las andas sangriento y tendido
de aquel que criara con tanto desvelo,

Y aquello de

Decía llorando, con lengua rabiosa,
¡o matador de mi hijo cruel!
mataras a mí, dejaras a él,
que fuera enemiga no tan porfiosa.

De Argensola aprenderéis con mucha cuidado, y recitaréis con mucha pompa, en todos los meses del año, aquel soneto de Otoño y que dice,

Lleva tras sí los pámpanos Octubre;
y con las muchas aguas insolente
no sufre Íbero márgenes, ni puente,
mas antes los vecinos campos cubre.

Moncayo, como suele, ya descubre
coronada de nieve la alta frente;
y apenas se ve el Sol en Oriente,
cuando la opaca tierra nos le encubre.

Sienten el mar, y selvas ya la saña

del aquilón; y entierra, su bramido
gente en el puerto y gente en la cabaña.

Y Fabio en el umbral de Thais tendido
con vergonzosas lágrimas le baña,
debiendolas al tiempo que ha perdido.

De Fr. Luis de León decid, con igual madurez, que hizo buenas traducciones de Horacio, y que no es mala su oda de la Profecía del Tajo, que empieza:

Folgaba el Rey Rodrigo
con la hermosa Cava en la rivera
del Tajo, sin testigo.
El río sacó fuera
el pecho, y lo habló de esta manera:
En mal hora, etc.

Alabad la dulzura de Garcilaso. Repetid, aunque se esté hablando de las guerras entre Rusos y Turcos, aquel dulcísimo soneto suyo:

O dulces prendas, por mí mal halladas;
dulces y alegres, cuando Dios quería,
juntas estáis en la memoria mía.

Y luego, en caliente, sin dejar al auditorio dos minutos de tiempo para descansar de la fatiga con que os habrá estado viendo liquidaros, dulcificaros, almibararos, y derretiros, como azúcar candi en la boca de una niña golosa, encajad de cabo a rabo toda la égloga.

El dulce lamentar de dos Pastores,
Salicio juntamente, y Nemoroso, etc.

Y saboreaos y relameos cuando dice aquello del sabroso cantar.

Repetid una por una todas las barquillas de Lope de Vega, aunque, con ellas lleguéis a marear a todos los oyentes.

De Quevedo asegurad bajo vuestra palabra de Erudición poética, que fue un Poeta de Bodegón, y si alguno tuviese el alto, y nunca bastantemente execrado atrevimiento de citar sus Obras serias, tomad un polvo, y decid con desprecio, ¡oh! ¡oh! ¡oh! Alabad sus letrillas satíricas por ejemplo:

Que trague el otro jumento
por doncella una Sirena,
más catada que colmena,
más probada que argumento,
que llame estrecho aposento, etc.

Y luego con risita de chiste, decid: Este Quevedo escribió mil polisonerías: (porque aunque pillerías significa lo mismo, pero es más Castellano.)

Iguales retazos mostraréis de los restantes líricos y satíricos; y por lo tocante a los Épicos nuestros, sea Ercilla el único que nombréis; y aun de éste diréis más que el discurso de Colocolo, alabándolo mucho, porque lo alabó un célebre Francés sin alabar otros pedazos excelentes que tiene porque el tal no los alabó.

Entre los Franceses celebrad a Boileau sus Sátiras y Arte Poética, y aprended, sin perder sílaba, aquel hermoso pasaje en que se sirve llamarnos salvajes, porque no gustamos de Comedias con unidades. Decid que él sembró la buena semilla de la verdadera Poesía, cultivada por Racine y Corneille, y otros que los siguieron. Citad una pieza de cada uno, diciendo que el Jefe de obra del primero es el Cid, y del segundo, la Fedra; pero disimulando que el tal Cid es de nuestro Guillen de Castro, aunque tan bien vestido y peinado a la Francesa, que nadie dirá que fue Español; y también callaréis que en la tal Fedra hay una relación campanuda, hinchada, y pomposa de la misma naturaleza que las que critican tanto en nuestros pobres Autores del siglo pasado. Hablad de las novedades introducidas en la Escena Francesa por M. Beloy en lo trágico, y M. Diderot en lo cómico. Notad lo que le valió al primero su Tragedia de la Toma de Calais, (que sin duda fue más de lo que les costó a los Ingleses la Toma de la Plaza) los puñales, corazones, venenos, y otras máquinas introducidas en sus composiciones. Método nuevo que no sé cómo no repugnó a los Franceses acostumbrados, por la mayor parte, según dice uno de sus mayores ingenios, a des elegies amoureuses.

Por un acto de vuestra natural urbanidad, diréis (de modo que no lo oiga ningún Francés) que los Italianos son los primeros en la Poesía, como en la Pintura y Música. Hablad del Petrarca, Taso, Dante, y otros, sin olvidar a Maffey, con su Tragedia la Merope, sangrientamente criticada por Voltaire, y bien defendida por su Autor; ni dejar tampoco en la memoria al Caballero Guarino con su poco de pastor Fido; y cuidando, sobre todo, de saber de memoria varias letras de las Arias del Metastasio.

De los Poetas Ingleses abominad a la francesa, diciendo que su Épico Milton deliró cuando puso artillería en el Cielo, cuando hizo hablar a la muerte, al pecado, etc. y no llamaréis un punto menos que feroz a la Melpómene, que inspiró a Shakespeare sus dramas lúgubres, fúnebres, sangrientos, llenos de Splin, y cargados de los densos vapores del Támesis, y de las negras partículas del Carbón de piedra; sin olvidar una sola palabra de cuantas componen esta lóbrega oración, porque son todas ellas del conjuro, para quedar bien en la gracia de algunos amigos. Con esto y con pronunciar, como Dios os dé a entender, el nombre del insigne Shakespeare, nadie dudará de vuestro voto y su autoridad en materias del Teatro Inglés; y más si añadís por superabundancia de erudición, que una de las fondas, o tabernas en que se suele emborrachar parte de la joven Nobleza Inglesa al salir de la Comedia, tiene por muestra la cabeza del susodicho Shakespeare, atolondrará vuestra erudición a cuantos os escuchen.

De nuestros Dramáticos hablad poco y medido por el gusto de vuestro auditorio. Si habláis delante de algunos hombres serios, que gastan peluca, u gorro hasta las cejas, uñas lar gas y camisa por semana, diréis que si Calderón, Lope, Moreto, Solís, Zamora, Cañizares, y los otros de aquella secta no quisieron ceñirse a las reglas del teatro fue meramente porque no quisieron, y que en lenguage, ida, y desenlace fueron originales. Si habláis delante de los que creen que el Español no debe andar en dos pies, soltad los diques, y decid cuanto se os antoje en desdoro nuestro, que todo será bien admitido, verdadero, o falso, cierto, o exagerado.

De los Dramáticos Griegos y Latinos decid que aunque son los modelos, no gustarían hoy sus dramas, por aquel aparato de la antigua representación, con mascarillas, acompañamiento de flautas, etc. No obstante citad a Eurípides, Sófocles, Séneca, Terencio, y Plauto, y una pieza de cada uno. Con esto y con repetir a menudo las palabras del conjuro, unidad, prólogo, catástrofe, episodio, escena, acto coro, corifeo, etc. y con decir que el plaudite de los Cómicos Romanos equivalía a una despedida de:

Esta comedia, señores,
aquí se acaba pidiendo
a este concurso piadoso
el perdón de nuestros yerros.

Os tendrán por pozos de ciencia poético-trágico-cómico-grecolatino-ánglico-itálico-gálico-hispánico-antiguo-moderno; (fuego, y que tirada!) y pobre del Autor que saque su pieza al público sin vuestra aprobación, Decid pieza, y no composición, porque más de la mitad del mérito está en eso. Pero vosotros no deis al público un dedo de papel vuestro y porque os exponéis a perder todo el concepto que os habrá adquirido esta lección. Nunca soltéis prenda. El tiempo que habéis de gastar en componer, no digo una Tragedia, ni un Poema épico, ni siquiera un Sainete, sino solamente un Dístico latino, o una Seguidilla española, gastadlo en llenaros esas bien peinadas cabezas de párrafos de aquí y de allí, pedazos de estos y de aquellos, y de mucha vanidad sobre todo. Con esto y con renegar de los compositores modernos diciendo que Cruz hizo demasiado ahínco en los Cortejos y Abates, Moratín un Pelayo muy crédulo, y Valle una Princesa muy enamorada, quedaréis calificados Examinadores del Parnaso creerán las gentes que las Musas os hacen la cama, y que Febo os envía el coche quando llueve.

Quedáis sólida y perfectamente destruidos en lo que es poética, y podréis, y aún deberéis meteros a hablar de Poesías, por qualquier corro de Poetas, como Santiago por los Moros. Tosamos, escupamos, sonémonos las narices, tomemos un polvo, y hechas todas estas diligencias, pasemos a la

Rhetórica

Con mucha mas facilidad luciréis en materias de Rhetórica. Con saber la distinción entre el Rhetor y el Orador, las definiciones de las figuras, los nombres, patrias, y títulos de las Obras que nos han quedado de Demóstenes, Longino, Cicerón y Quintiliano, con

aprender el principio de la Catilinaria famosa, quousque tandem abutere Catilina patientia nostrâ; con citar el tratado de natura Deorum, notando de paso que se puede creer conociese la existencia de un solo Dios, o si queréis el Monoteísmo (pronunciando esta palabra con todo primor) con estos pocos requisitos, sentaréis plaza de hombre, pasmosamente instruido en la elocuencia antigua; y por cuanto podréis decir muchos desatinos de los Griegos y Romanos, si no los estudiáis muy despacio, pasad a los modernos.

Lamentaos de la decadencia de la Oratoria. Decid que los Franceses apenas tienen Oradores, y esos pocos solamente en lo sagrado que los Ingleses sólo la usan en su Parlamento tratando de los impuestos sobre la cerveza, o en desprecio de las demás Naciones: que nosotros; no hemos tenido mas que a Fr. Luis de Granada: que éste tambien la empleó en la Mística: que nuestro Maestro Feyjoo fue un inconsiderado en decir que la Rhetórica es inútil a quien tenga un modo natural y feliz de persuadir, y con un parrafo que digáis de cada uno, gritarán todos a una voz: Bien hayan las madres que tales hijos paren!

Muy perteneciente a esta materia sería tratar de la latinidad. Decid, y diréis bien, que está perdida. Decid y diréis mal, que os atrevéis a resucitarla. Recitad cuatro párrafos de latín de Escuela, y vomitad de asco, decid dos dísticos que os pediréis prestados los unos a los otros, y relameos con ellos; y sea siempre feliz conclusión de vuestras conferencias una docena de inventivas contra la bóveda que ilumina a España, y, decid que nuestra estrella es de ignorantes; y en eso os juro, no mentiréis del todo, y que no habrá quien diga, que no sois unos verdaderos Poetas y Oradores a la Violeta.

MIÉRCOLES

Tercera lección: Filosofía antigua y moderna

Me parece que os estoy viendo perplexos en punta de Filosofía. Os espanta su nombre, que es griego: os admira su antigüedad: os detiene la vista de tantos Sistemas diferentes, seguidos cada uno por hombres, a la verdad insignes; y no sabéis no sólo a quien dar la preferencia; pero ni siquiera por donde entrar en este laberinto. Ensanchaos los corazones con las siguientes advertencias, ponedlas en práctica, y entrad con suma confianza en la carrera.

Hay cierta obrita en este mundo en que, gracias a la paciencia de su Autor, hallaréis el nombre, origen, patria, sistema, dichos, hechos, vida y muerte de cada una de los Filósofos antiguos y modernos, con todo primor, hasta el de poner el retrato de cada una, que sin duda se le parecerá, o no. La historia de los modernos tiene fijo nombre de Autor, y su gracia es Mr. de Saverien con su retrato en el frontispicio, muy bien peinado, afeitado y vestido con toda gracia. La impresión es de Amsterdam y del año de 1762. La de los antiguos es tan parecida a la de los modernos, que sin encargarse gravemente la conciencia, se puede conjeturar sea obra del mismo, extractada de Laercio y otros.

Desde Tales hasta el último de nuestros días, están todos puntualmente tratados, y con un poco de memoria, no se tocará en las conversaciones punto alguno de Filosofía en que no podráis entrar osados, y salir lucidos. Con esta ayuda corroboraréis vuestra locuacidad, con la autoridad de Paganos y Cristianos, y de cuanto se os antoje, que de todo hay. Vaya un ejemplo, sacado de ellos por orden alfabético.

A

Alma... ¿Queréis hablar del alma, según el Sistema de los Antiguos? Id al índice, y encontraréis que Tales fue el primero que aseguró su inmortalidad: que este Filósofo enseñó que el alma conoce las cosas corporales por los órganos corporales, y las espirituales sin dichos órganos, etc. Todo esto sin salir de la pág. 14 y 15 del primer Tomo.

En la 220 veréis como la define Platón y la obscuridad de su Sistema. En la 309 veréis dictamen de Aristóteles, etc.

Amigos... En el mismo Tomo pág. 150 veréis el sentido de los Cirinéos sobre la amistad. En la 308 la definición de la amistad dada por Aristóteles, y en la 211 del segundo Tomo la que da Pitágoras.

Átomos... En el Tomo segundo en la pág. 374. veréis lo que se dice sobre el continuo movimiento de ellos.

Belleza... Veréis sus diferentes definiciones por varios Filósofos, y en la pág. 300 del Tomo primero.

Bien soberano... Veréis lo que dice Confucio en la pág. 119 del Tomo tercero.

C

Cerebro... En el Tomo segundo en la pág. 223 hallaréis que Pitágoras dice que el cerebro es la residencia de la razón y del espíritu.

Cometa... Veréis en el Tomo segundo en la pág. 403 el dictamen de Epicuro sobre estos fenómenos o fenomenos, que por eso no hemos de reñir: pero desechadlo, apelando a Newton.

D

Dios... En la pág. 21 del Tomo primero, en la 22 y en la 216 veréis lo que dijeron de la Esencia suprema algunos Antiguos: aquí podréis a poca costa ostentar mucha erudición,

hasta donde os diere la regaladísima gana, pasando revista a todos los entes criados, y sacando por consecuencia que debe haber habido un Ser que los haya criado y conservado: y esta verdad de Pedro Grullo, bien amplificada y, tratada, os hará mas provecho que toda la erudición del mundo.

Así proseguiréis con los artículos que necesitéis saber según la mente de los Antiguos. No ignoréis el nombre de alguno de ellos, a cuyo fin copiad la siguiente lista, que os será muy útil.

Tales.
Euclides.
Metrocles.
Solón.
Diodoro.
Hiparchio.
Stilpón.
Simon.
Menipo.
Criton.
Claucon.
Zenon.
Hypaso.
Senmias.
Aristo.
Antistenes.
Cebes.
Hércules.
Filolao.
Menedemes.
Dionisio.
Eudosio.
Plauton.
Cleanto.
Chilón.
Speusipo.
Esfero.
Pittaco.
Xenocrates.
Crisipo.
Bias.
Polemon.
Pitágoras.
Cleobulo.
Crates.
Empédocles,

Periandro.
Crantor.
Epicarmo.
Anacharsis.
Arcesilao.
Architas.
Misón.
Bión.
Almeon.
Epidemides.
Lacydes.
Hipaso.
Ferecydes.
Carneades.
Xenofanes,
Anaxîmandro.
Clitomaco.
Parménides.
Anaxîmenes.
Aristóteles.
Melisso.
Anaxâgoras.
Teofrastes.
Leucipo.
Archelao.
Straton.
Demócrito.
Sócrates.
Licon.
Protágoras.
Xenofonte.
Pofidonio.
Diógenes Apdinar.
Esquines.
Epitecto.
Timón.
Diógenes.
Anaxârques.
Epicuro.
Monimo.
Pitón.
Aristipo.
Onescrito.
Dióg. Laercio.
Fedón,
Crates.

Confucio.

Y algunos otros que se me habrán escapado. Con aprender de memoria los nombres más enrevesados de algunos de estos viejos, como Ferecides, Carneades, Empédocles, Anaxarques, y otros de este sonido, con hablar de Lógica Silogismos, Entimemas, Sorites, Dilema, (argumento conocido, por otro nombre cosquilloso a los maridos) Premisas, Ilación, Metafísica transcendencia del ente por las diferencias, precisiones objetivas etc. Con nombrar a Heráclito y Demócrito diciendo que el uno siempre se afligía y el otro siempre se reía de cuanto pasa en e1 mundo; con censurar el materialismo de Epicuro; con nombrar las varias sectas de Filósofos, como Platónicos, Académicos, Dialécticos Cyrenaicos, Megarios, Cínicos, Peripatéticos, y Pitagóricos; con hablar un poco de la transmigración, o metempsicosis, (que aunque sea lo propio, suena mejor, porque se entiende menos) y con acabar, diciendo: que si estos antiguos Filósofos resucitaran, les vendría muy ancho el ser admitidos por Estudiantes en la Escuela de Newton, Descartes, Leibnitz, Gassendi, Nollet y otros, tendrá el mundo a cualquiera de vosotros por más Filósofos que todas los nombrados; y se abrirán las bocas de par en par cuando empecéis a discurrir de los modernos, lo que ejecutareis del siguiente modo, si no lo habéis mal.

Divididlos en Físicos, Metafísicos, y Moralistas; de los primeros, ya os he nombrado algunos, a los que añadiréis Muschembrock, Kepler, S.Gravesand, y los demás que os presentará M. Saverien, el ya nombrado, con una Relación y curioso Romance de la vida y milagros de cada uno, con cuyas exâctas noticias, y repetir con frecuencia aquello de torbellino, atracción, repulsión, gravedad, materia sutil, choque, fuerzas centrales centrífuga, y centrípeta, fuerza de inercia, ángulo de incidencia y de reflexión, y tubos capilares, y con decir algo de Óptica, Dióptrica, Catóptrica, Hidráulica, Hidrostática, Estática, Mecánica, Pneumática, Eléctrica, Pirométro, Barométro, Termométro, Aerómetro, Bombas de atracción y de compulsión, con saber explicar una cámara obscura, y una linterna mágica, en hablar del arco Iris cuando llueve y hace Sol; referir la experiencia del fuego eléctrico que se hizo en París con no sé cuantos inválidos; y explicar cómo un piojo parece Elefante en el microscopio, no habrá vieja que no os tenga por tan mágico en nuestros días, como el pobre Marqués de Villena lo fue en los suyos.

Por lo que toca a los Metafísicos y Moralistas que citéis, con vuestro pan os lo comáis;porque, vamos claros, los amigos Hobbes, Espinosa, y otros templados por el mismo tono, quando hablaron de Dios, del alma, de la eternidad, del premio, y del castigo, del bien, y del mal, de la libertad, y de la necesidad, imprimieron cosas que no están escritas. No me meteré yo en aconsejaros del ensayo sobre el hombre del señor Alexandro Pope, ni del otro sobre el entendimiento humano del serior Locke: pero lo cierto es, (diréis misteriosamente si alguno soltase la chinita para que resbaléis) que las Traducciones francesas de estas Obras son muy inferiores a los originales: y con esto quién no ha de creer a pie juntillas, que sobre ser muy inteligentes en el Moral Inglés, habláis aquel Idioma mejor que el mismo Orador de la Cámara de los Comunes.

Aplaudid a Mr. Marmontel. Es el Moralista de estrado más digno de la Cátedra de Prima. No hay Petimetre, ni Petimetra, Abate distraído, Soldado de paz, Filósofo extravagante, Heredero gastador, ni Viuda de veinte años, que no tenga un curso completo de moral en los primorosos cuentos de este finísimo Académico. Entre ellos desechad el intitulado el Filósofo en el nombre. Parece que la tal maldita Novela, Dios me lo perdone, se hizo adrede contra vosotros, pues os viene como zapato de vuestro pie. De buena gana os hablara de otra Obra muy seria de la misma pluma, pero como dicen que sirve solo para Palaciegos desgraciados, Generales tristes, y Ministros caídos, y no creo que jamas os veáis en eso, me haréis el honor de permitirme, que me tome la libertad de callarla. (Ved que moda tan cortés de negar una cosa.)

Alabaréis mucho a Muratori, diciendo que escribió juiciosamente sobre la felicidad pública; pero sin meteros en discusiones, exclamad que es lástima sean tan malas las impresiones de Venecia.

Ahora que quedáis cumplidamente instruidos, y sólidamente enterados de todas las Filosofías antiguas y modernas, os advierto, que para ser tenidos por Filósofos consumados, no bastará saber, como sabéis (gracias a Dios, a mi nuevo método, y a vuestra sublime comprehensión) todas las Obras de los Filósofos antiguos y modernos. No basta, hijos míos, no basta por cierto. Es indispensable que tengáis, llevéis, publiquéis, aparentéis, y ostentéis un exterior filosófico. Persuadido de esta verdad Diógenes se salía a medio día de su tonel, con una linterna en la mano, buscando un hombre por las calles de una Ciudad populosa. Otro, al tiempo que los enemigos sitiadores asaltaban las murallas, se estaba con mucha seriedad haciendo una demostración geométrica, y los Soldados, que no entendían de mas ángulos que los que formaban con la espada, acabaron con él, y con la figura, que era el objeto de su embeleso o tal vez de su vanidad. En consecuencia de esto, es preciso que os distingáis tambien por algun capricho de semejante naturaleza, e importancia, para que la gente que os vea pasar por la calle, diga: allá vi un Filósofo. Unos habéis de estar, por ejemplo, siempre distraídos, habéis de entrar en alguna Botillería preguntando si tienen botas inglesas, o en alguna Libreria preguntando si alquilan coches para el Sitio. Otros, aunque tengáis los ojos muy buenos y hermosos, habéis de llevar un sempiterno anteojo en conversación con la nariz. Otros habéis de comer precisamente a tal, o tal hora y que sea extravagante, como si dijéramos a las nueve de la mañana, o a las seis de la tarde; y si los estómagos tuviesen hambre a otras horas, que tengan paciencia, y se vayan afilosofando. Otros habéis de correr, como volantes, por esas calles de Dios, atropellando a cuanto chiquillo salga de las puertas, en hora menguada para él y su triste madre. Otros habéis de tener aprehensiones de enfermedades, y si alguno os pregunta el estado de vuestra importante salud, quejaos de todos los males a que está expuesta la frágil máquina del cuerpo humano; y aunque tengáis más fuerza que un Hércules, y mas colores que un Baco, ensartad lo de tísico, ético, asmático, paralítico, escorbútico, etc. etc. etc. etc. de modo que se queden en ayunas de la respuesta, como no la escriban, y la lleven al Proto-Medicato.

Con estas y otras extravagancias semejantes, veréis cuanta estimación ganáis de Oriente a

Occidente, y desde Septentrión a Mediodía; y más si os hacéis encontradizos con quien no os conozca. No faltéis a esto, ni a copiar, si os parece, en dicha Obra la lista de los Filósofos modernos, que yo tengo otras cosas que hacer.

Si en el concurso viereis algunas Damas atentas a lo que decís, lo que no es del todo imposible, como no haya por allí algún papagayo con quien hablar, algún perrito a quien besar, algún mico con quien jugar, o algún Petimetre con quien charlar, ablandad vuestra erudición, dulcificad vuestro estilo, modulad vuestra voz, componed vuestro semblante, y dejaos caer con gracia sobre las Filosofías, que ha habido en otras edades; decid que las hubo de todas sectas; y dejando pendiente el discurso, idos a casa, y sin dormir aquella noche (a menos que se os acabe el velón, en cuyo caso será preciso que esperéis hasta que amanezca, y sería chasco, si fuese por Enero) tomad la Obra citada, y en la pag. 189 del Tomo tercero veréis las mujeres Filósofas con su nombre, Patria, y Sistema, con la distinción entre las que filosofaron, según alguna determinada Escuela, o las que se anduvieron filosofando, como quisieron, para las cuales tenemos en este siglo excelentes maridos. Tened muy presente la siguiente lista.

Hipo.
Aristoclea.
Cleobullina.
Aspasia.
Clea.
Diotima.
Beronisa.
Pámfila.
Eurídice.
Julia.
Domna.
Myro.
Sosipatra.
Antusa.
Agonize.
Eudocia.
Elocia.
Novela.
Anacomena.
Eudocia.

Y otras que allí veréis, y yo no me quiero detener en trasladar. Notad que entre las Filósofas la secta mayor fue la de las Pitagóricas, porque sin duda (diréis con gracejo, haciéndoos aire con algún abanico, si es verano, y calentándoos la espalda a la chimenea, si es invierno, o dando cuerda a vuestro reloj, que habréis puesto con el de alguna Dama de la concurrencia, o componiéndoos algún bucle: que se os habrá desordenado, o mirando las luces de los brillantes de alguna piocha, o tomando un polvo con pausa, y

profundidad en la caja de alguna Señora, o mirándoos a un espejo en postura de empezar el amable) sin duda diréis, haciendo alguna cosa de estas, o todas juntas, porque el Sistema de Pitágoras trae la metempsicosis, transmigración, o vaya en castellano una vez, sin que sirva de ejemplar para en adelante, el paso de un alma por varios cuerpos, y esta mudanza debe ser favorita del bello sexo. Veréis como todas se sonríen y dicen :¡Qué gracioso! qué chusco! unas dándoos con sus abanicos en el hombro otras hablando a otras al oído, con buen agüero para vosotros, y todas muy satisfechas de vuestra erudición, no sin alguna ambición de mi parte, y arrepentimiento de haberos enseñado en tan corto tiempo lo que me ha costado tantos años de vasta lectura y profunda meditación.

Pasemos a otra materia, pues quedáis ya con esta lección perfectamente caracterizados de Filósofos a la Violeta.

JUEVES

Cuarta lección: Derecho natural, y de las gentes

La Lección de este día es muy trivial. No, se trata más que de lo que se debe el hombre a sí mismo, y a los demás hombres: lo que un estado tiene que cuidar dentro de sí mismo, y respecto de los otros estados. Esto, ya veis en substancia, es una grandísima friolera. Antiguamente no hablaban de esta facultad, sino aquellos a quienes competía, como Príncipes, Embajadores, y Generales. Pero tiempos bárbaros serían aquellas en que no hablase cada uno más que lo que le toca! ¿Qué diferentes son los nuestros? En ellos no hay Cadete, Estudiante de primer año, ni Mancebo de Mercader que no hable a Menchaca, Ayala, Grocio, Wolfio, Puffendorf, Vatel, Burlamachy, etc. Vosotros, viviendo yo, no habéis de ser menos, conque así manos a la obra.

Diréis que nuestro Menchaca en sus Controversias ilustres tocó la materia muy de paso: que Ayala sólo habló del Derecho de la guerra: que Woltio escribió muy latamente sobre el Derecho natural, y que hizo mal en no escribirlo como ensayo, diccionario, o compendio, o en siete lecciones coma este Curso. De Grocio diréis que fue mas moderado, por más que su Comentador Barbeirak lo aumentó con sus ilustraciones, cuya mala obra también hizo al Barón de Puffendorf, poniéndole unas notas tan grandes como el pelucón, que se ve en el retrato del grave Caballero en el frontispicio de su Obra. Irritaos mucho contra Vatel, que redujo esta facultad a un método geométrico, llevando al Lector encallejonado desde la primera hasta la última proposición. Leed los índices de cada uno de estos Autores, y aprended algo de cada uno de memoria, según vuestro humor, o el de vuestros oyentes: no olvidando, a mayor abundamiento, el citar el Tratado del Embajador, escrito por Vilcfort, asunto también tratado en castellano por Don Antonio de Vera.

Con estos fundamentos empezad a construir el edificio de vuestra erudición en esta materia. Decid que sin esta facultad, las Naciones que admiramos por cultas, serían unos ranchos de salvajes como los Hotentotes, y que su práctica ha hecho comunes los bienes

de todos los hombres. No ahondáis cuestión alguna del Derecho público, porque son todas peligrosas; y así dejando el tronco, subíos por esas ramas, suscitando cuestiones en que no podáis cometer absurdos de larga cola: preguntad si el equipaje del Cocinero de un Embajador debe ceder el paso al del Mayordomo de un Enviado, y otras semejantes; y dadlas con Puffendorf, y dejad a Wolfio, y tomad a Grocio, y traed a Vatel, y llevad a Burlamachy, y no hará el tal Cocinero tal guisado, como vosotros lo haréis. Citad veinte tratados de paz, cuarenta congresos, diez suspensiones de armar, treguas, o armisticios. (escoged esta voz que es la menos inteligible) Hablad de las capitulaciones de las Plazas, de los Rehenes, de las Espías, de los Vivanderos, y Carreteros del Ejército y de la Compañía del Prevoste. Echaos a la mar, y hablad de los Piratas, Corsarios, Contrabandistas, Guarda costas, presas en la mar, salida y entrada en los Puertos neutrales, cuarentena de los Navíos procedentes del Levante, pesca del bacalao, de los arenques, del coral; Comercio activo, pasivo, mutuo, interno, externo, ilícito, asiento de Negros, saludos de los Navíos entre sí, y a los Puertos de mar. Discurrid sobre si los Burlotes deben, o no, ser permitidos entre las Naciones cultas; y tenéis tela cortada para cincuenta noches de invierno, como Dios os depare auditorio competente. Hablad de las Islas desiertas, y pasos de los estrechos, tocad ligeramente, y como quien no quiere la cosa, tocad, digo, la etiqueta de la Corte de Constantinopla, que trata bien mal a los Embajadores de grandes Príncipes, haciéndoles refregar los labios en las alfombras del salón de la Audiencia. Ponderad las obligaciones de un Embajador, de sus Secretarios, sus correos, y las cifras con que escriben a sus Cortes, y fingid, alguna que mostraréis, diréis (encargando mucho el secreto) que os la dio cierto Embajador de un Gran Soberano, por ejemplo, el de Marruecos. Romped el hilo, (que no importará mucho) y exclamad sobre la poca fe con que se rompen los tratados de paz, no guardando una Nación más que aquellos que le convienen. Enfureceos, y dad una gran palmada sobre la mesa con gran tiento para no haceros mal) y lamentaos de que la Artillería es públicamente llamada Ratio ultima Regum. Volved al asunto, tratando de la obligación de un General que entra en un País enemigo, y meteos otra vez por Wolfio, Grocio, y Puffendorf. Charlad sobre el saqueo, o incendio de los lugares, inmunidad de los Templos, y sus alhajas, pintando bien un asalto, como si os hubierais hallado en mil. Hablad de la deserción de la Tropa, su castigo, enganche, y premio. Hablad de los Países rebeldes, guerras civiles, y otras frioleras semejantes. Tened mucho cuidado en la división de los estados en despótico, monárquico, aristocrático, y los demás. Concluid, después de explicar como Dios os dé a entender la natural constitución de cada uno, que el monárquico es el mejor, a menos que estéis hablando en Venecia, porque allí estas comparaciones son odiosas. Decid todo, lo que han dicho otros, que es mucho, muy bueno, y muy malo, y si veis que el auditorio se duerme, echadle otra rociada de los ya dichos y repetidos nombres Alemanes, y despertará el concurso más que de paso; y cuando crean todos que vais a concluir, empezad de nuevo, diciendo: El Derecho de gentes se divide en Derecho necesario, subdividido en interno, externo, perfecto, e imperfecto y voluntario subdividido en convencional, y de costumbre. Llamamos Derecho de gentes necesario, diréis, tornando un tono magistral, aquel que consiste en la aplicación del Derecho natural a las Naciones. El interno es aquel que nace de la obligación que nuestra conciencia nos prescribe; y externo en cuanto a la relación que dice a los otros. Es perfecto cuando trae consigo la fuerza para hacer que los otros nos cumplan las obligaciones respectivas a nosotros; e imperfecto cuando no trae consigo la

suficiente fuerza. Llamamos Derecho de gentes voluntario aquel que contiene las reglas nacidas de lo que cada uno cree que debe poner de su parte para el común objeto. Entraos ahora a ser medianeros entre Wolfio, y Vatel en lo que en este punto el uno entendió diferentemente del otro. Derecho de gentes voluntario convencional es el que dimana de ciertos convenios particulares entre algunas Naciones, que no ligan a las otras: por ejemplo, diréis, cogiendo una docena de pesetas, si las tenéis, y si no, las pediréis prestadas. La peseta A, y la peseta B son dos Naciones que pactan entre sí, que los Navíos suyos, que se encuentran en la mar, enciendan cada uno siete faroles. El Almirante X de la Nación A, y el Almirante Z de la Nación B, deberán encender siete faroles como siete pecados mortales, siempre que se encuentren. pero el Almirante N de la Nación Y, y el Almirante H de la Nación P, si se encuentran entre sí, o con alguno de los septemfarolíferos, (aprended de paso a enriquecer la lengua) no tienen tal obligación de encender, ni siquiera un mal candil, como el mío, y más si es de día. Derecho de gentes voluntario, de costumbre, diréis, volviendo las pesetas a su dueño por lo que es cuenta, es el que nace de ciertas prácticas ya establecidas, de siglos atrás, que aunque no obligan de juro, por lo menos, son muy respetables entre las Naciones que las establecieron, y no entre las otras que al lance de establecerlas no dijeron esta boca es mía. Si no os entienden, volved a pedir las pesetas, haciéndolo prácticamente que hay auditorios de cal y canto, y suelen salir las gentes diciendo: Bien ha predicado el Padre, pero yo no lo he entendido. Proseguid con gravedad: De todos estos Derechos nace otro, llamado positivo, y es el que han tratado los citados Autores, y últimamente en Castellano D. Joseph de Olmeda. A ellos rodos os remito, con el encargo de que aprendáis de cada uno un párrafo retumbante, con cuya repetición y las noticias que os acabo de dar, todo el mundo os tendrá por unos consumados Publici-juris-peritos a la Violeta.

VIERNES

Quinta lección. Teología.

No sé por qué se ha escrito tanto sobre la Teología. Esta facultad trata de Dios. Dios es incomprehensible. Ergo es inútil la Teología. Este Silogismo se aprenderá de memoria, repetirá con Sumo desprecio hacia los Teólogos. Sin embargo de esto, para que no me echéis en cara que falto a lo que prometo, y que no os enseño Teología, y seréis tan Teólogos como yo. ¿Creeréis acaso, que para ser consumados Teólogos es menester, antes que todo, una suma y humilde veneración al Ente Supremo, de cuyos atributos se va a tratar; y a todas las verdades, que se ha dignado revelarnos un pleno conocimiento de los idiomas Hebreo y Griego; una gran posesión de la Historia Sagrada; un estudio muy largo de las costumbres Judaicas; una idea exacta de la Doctrina de cada uno de los Padres de la Iglesia; una noticia, la primitiva Iglesia; una relación auténtica de los Concilios, y otros mil requisitos semejantes? Inocentes! nada de esto os parezca útil; bastará que tengáis unos cuantos Diccionarios; el de la Biblia, el de las Heregías, y Cismas, el de los Concilios, los cartapacios de algún Maestro, Y mucha osadía para trinchar, cortar, traer, truncar, y alterar textos de la Biblia, de los Padres, y de los Concilios. Daréis en las conversaciones comunes la distinción entre la Escuela Tomística

y Escotista; no olvidéis lo sutil y lo angélico. Hablaréis de las versiones, y exposiciones más famosas de la Biblia. No se os caigan de la boca Lyra, Cartagena, los Setenta, Gonet, Petavio, etc. Caed sobre las Sectas heréticas con el Diccionario de las herejías en la mano. Decid la Patria, vida, profesión, obras y muerte de cada Heresiarca. Por ejemplo, haced caer la conversación un día sobre los Luteranos, cuyo artículo habréis aprendido de memoria la víspera; y diréis como un Papagayo: Lutero fue Saxón: nació en Isleb en 1483. Estudió Gramática en Magdeburg, y Estenac; Filosofía en Erford, y después se aplicó al Derecho con ánimo de seguir la Toga. Tomó el hábito de San Agustín, dejando el mundo por haber visto al un amigo suyo morir abrasado de una centella. Luego encajad su disputa con los Dominicos, y las Conclusiones famosas que sostuvo acerca de las Indulgencias, con la excomunión que el Papa León X. fulminó contra él, si no se retractaba en el tiempo que fijó. Decid como apeló de esta excomunión a un Concilio futuro, y todos sus otros desórdenes. Lo mismo podréis aprender de memoria, y recitar acerca de los restantes Heresiarcas, con el mismo Diccionario, sin más trabajo que saber el abecedario de la Cartilla, que sin duda no habréis olvidado, pues alguno de vosotros lo tubo poco ha en las manos; y por poco que os detengáis en el estilo, habrá para muchos días en cada artículo, lo cual es contra nuestro método; y así formaréis un laberinto de Pelagianismo, Socinianismo, Eutychîanismo, Manichêismo, Calvinismo, Arrianismo, Molinosismo, Melchîsedecianismo, Colyriadismo, Zuinglismo, Andronicianismo, Antitrinitarismo, Concienciosismo, Cleobulismo, Quakerismo, que encajaréis a roso y velloso, venga, o no, al caso. A lo más, más, daréis la etimología de algunos de los nombres de estas Sectas, y su origen; porque su sistema, refutación, progreso, o caída, es negocio para más despacio; y si os aprietan sobre que tratéis el punto mas individualmente, sacad un reloj, y decid que es la hora precisa de la Comedia; o sacad el otro, y decid que se os ha pasado el tiempo, pero que tenéis que ir a cierta parte; y marchaos a beber un vaso de agua, por un cuarto, a la Puerta del Sol, si es verano; y de allí a casa a estudiar otro párrafo para mañana. No os aconsejo os metáis en contar las herejías primeras en que se pide mucho conocimiento de lenguas y de Historia; y os exponéis bonitamente a decir mil desatinos teológicos, y literarios. Antes caed sobre los Herejes modernos, cuyos errores son más recientes y conocidos. ¿Quién os quita que digáis mucho y bueno de los Quakaros, cuyo principal dogma se reduce a tutear al misma Rey, no llevar vueltas en la camisa, no llamar señor a nadie, no jurar en los Tribunales, ni quitarse el sombrero a alma viviente?

Si los concurrentes no son facultativos (como es muy regular) cometed mil anacronismos en las citas de los tiempos. No importa que digáis que los Calvinistas fueron condenados en el Concilio, primero de Jerusalén; y aplicad al Concilio que os parezca la condenación de la herejía, que más rabia os dé; que no han de volver los Heresiárcas a contradeciros. Quedaos en la memoria con los nombres de aquellos que sean más raros en la pronunciación, con los Iconoclastas, Brounistas, Wicklefistas, Berengarios, Arrianos, Walfredistas, Ubiquitarios, Semipelagianos, etc. y repetidla con frecuencia y toda la volubilidad de lengua que podáis. Con esto, y con citar el libro de las Ceremonias religiosas de todo el Orbe, veréis sitio os tiene cualquiera por tintero, en que pudieran mojar sus plumas Santo Tomás, San Agustín, Scoto y todos los Maestros presentes, pasados, y futuros, cuya lista (digo de los pretéritos) estoy por regalaros sin mas trabajo

que el de copiar sus: nombres en alguno de los Diccionarios de este género, como lo hacen algunos, sin confesarlo, como yo lo confieso.

¿La sequedad de este discurso os espanta? Pues tened paciencia que algo os ha de costar ser sabios. Haced provisión de los nombres de las cosas teológicas, ya dogmáticas, ya escolásticas, ya escolástico-dogmáticas, para arrojarlas promiscuamente, como cuando en los días de, tempestad caen rayos, piedra, y agua, todo junto. Diréis, pues, con aire misterioso mucho de decreto concomitante, auxilio eficaz, formas y materias, predeterminación física, liturgia antigua, instante A, e instante B, concurso simultáneo, excomuniones canónicas, libertades de la Iglesia Galicana, San Agustín de Trínitate, símbolo de San Atanasio, disciplina eclesiástica, utrum Concilium supra Papam vel e contra, Congregación de Propaganda, Conclave, Concilio Eucuménico, Sinodal, Conciliábulo, Cisma (con la diferencia entre cisma y herejía) Iglesia Griega, Catecúmenos, Ritos malabares, ignorancia invencible, Celibatismo de los Sacerdotes, etc. etc. etc. Siempre empero con la esencialísima advertencia de no ahondar mucho estas materias, porque os exponéis, aunque estéis confiados de que habláis con ignorantes, porque bajo una mala capa suele haber un buen bebedor, y donde menos se piensa salta la liebre, y en boca cerrada no entra mosca; y así creedme, id saltando por esas cuestioncillas, como gato por ascuas. Suscitad la cuestión de ¿cual es peor, la Idolatría, o el Ateísmo? Nombrad con igual pulso a los Doctores y Teólogos famosos, y sin cesar, al Maestro de las Sentencias, aunque no sepáis que sentencias son aquellas, ni que Maestro fue aquel. Entrad con Lárraga, y salid con Cóncina: hablad de Jansenio, de Quesnel, de Arnaud, y de las cinco proposiciones, aunque no sepáis que cinco fueron éstas, ni que tres aquellos. Tomad la Bula Unigenitus, y vuelta a la de la In Cœnâ: olvidéis a Arias Montano, Sánchez de Matrimonio, Melchor Cano, Calmet, Natal Alexandro, Norris, y Benedicto XIV: proponed algún proyecto, o a lo menos insinuad que la estáis componiendo para atraer la Iglesia Griega a la Romana: contad lo que sobre esto ha habido varias veces, buscando el correspondiente párrafo en la Historia Eclesiástica. Con esta ocasión hablad de Bossuet, de su historia de las variaciones, y de la defensa del Clero Galicano, etc. Luego, haciendoos hombres importantes a la Religión, caed sobre la Mitología, y aquí podréis disparar sin tino, con toda seguridad. Hablad cuanto, como, y donde gustéis en esta materia. Decid de Júpiter, Saturno, Neptuno, Marte, Vulcano, Mercurio, Plutón, Baco, Juno, Venus, Ceres, Cibeles, Minerva, Diana, Proserpina y Palas, cuantos adulterios, robos, falsedades, tiranías, y necedades se os antojen. Pegad luego con los Semidioses, y Semimedias Deidades. Entraos como Pedro por su casa, por los infiernos poéticos, sin la rama que llevó Eneas, ni la Lira de Orfeo, ni la quisicosa de Telemaco; y volved contando a vuestro auditorio, que ya estará loco con tanta trápala, y barahúnda, aquellos tormentos del cuervo que roía las entrañas a aquel sujeto; de la mesa de Tántalo, parecida a la de Sancho en su gobierno; del cubo agujereado, que se había de llenar de aguas lo del Can Cerbero con sus tres cabezas; lo de Aqueronte con su barca, etc. etc. ¿Pues qué os cuesta echaros un rato tijera en mano sobre el Alcorán, y quitarle cuatro o cinco hojas para contar el viaje, que el picaron del mozo de mulas, digo Camellos, embocó a sus secuaces, cuando encontró aquel Ángel que tenía setenta mil jornadas de un ojo a otro ojo, (se habla de los de la cara) setenta mil cabezas, y en cada cabeza setenta mil bocas, y en cada boca setenta mil lenguas, hablando con cada lengua setenta mil idiomas a un tiempo; que a fe que saliera buena algarabía? y luego haced el

cálculo con un carbón en la pared de las lenguas que hablaría el niño, o decid que ya lleváis la cuenta sacada, que será mejor y más maravilloso, y echad millones de millones. Volved sobre los Paganos; y derribad al suelo sus Oráculos, con las obras de Fontenelle y Feyjoo. Pasaos de Delfos a Méjico con Solís en la mano, y decid los bárbaros Sacrificios que hacían los Mejicanos a su Ídolo con víctimas humanas. Desde Méjico os llegaréis por el pasadizo al cabo de Buena Esperanza, y decid lo primero que os venga a mano de los Hotentotes, y a fe que estáis a mitad del camino del país en que se hallaron unos Cristianos llamados de Santo Tomé, y concluid, como mejor os pareciere, que ya me duele la cabeza, y es imposible que esta noche no sueñe con todo este cúmulo de infiernos, furias, oráculos, sacrificios, y horrores de los Paganos.

Para proceder metódicamente, ahora daréis la definición de la Teología, diciendo que esta voz se compone de dos griegas que significan Sermo y Deus; aprenderéis a escribirlas, con carbón en la pared en caracteres griegos; y no faltará en el auditorio quien crea que son caracteres mágicos; y con esto os lavaréis las manos, si se os han ensuciado: os las meteréis en el manguito, haréis una gran cortesía, y os iréis en Dios y en hora buena a descansar, hasta mañana; quedando hoy contentos con haber adquirido justísimamente el nombre de verdaderos Teólogos a la Violeta.

SÁBADO

Sexta lección: Matématica

Si pedís a un Matemático la definición de su facultad, empezad por pedir a Dios paciencia para que no os saque de ella la gravedad con que os ha de responder. Si le preguntáis en cuantos ramos se divide esta ciencia, no tendréis memoria para ir contando. Creo haber oído, a no sé quien; haber leído, no sé donde; haber sabido, no sé como, y haber aprendido, no sé cuando, que bajo el nombre de Matemática se comprehenden una infinidad de avechuchos con nombres todos durísimos de pelar; pero en pronunciarlos bien está todo el mérita a que podéis aspirar; porque vamos claros, esto de ponerse con sus cinco sentidos a líneas y más líneas, letras y más letras, números y mas números, no es para vosotros, y sería el modo de privaros de los lucimientos exteriores, que deben ser las niñas de vuestros ojos. En cualquiera de sus compendios, o Diccionarios, veréis los nombres de los tratados que comprehende, que son asombrosos en cantidad, y calidad. Pero de todos estos, sólo se os ofrecerá hablar con mas frecuencia de los siguientes tratados.

Geometría especulativa y práctica.

Artillería.
Fortificación.
Náutica.
Arquitectura civil.
Astronomía.

Si vierais los Tomazos en folio, que hay escritos sobre cada parte de éstas, primero que de emprehender este estudio, renegaríais del padre que os engendró, de la madre que os parió, de la ama que os crió, y de la primera camisa que os pusisteis. ¿Pues qué de otra cosa, que llaman Álgebra, y es una algarabía de Luzbel, con crucecitas y rayitas dobles y sencillas, y aspas, y letras y números, y puntos? Despreciad este estudio. La gente que lo sigue, se humilla infinitamente. Todo es llamarse unos a otros gente de más o menos, y parece que andan tras alguna tapada en Cádiz, o tras algún murciélago en las máscaras. La incógnita por aquí, la incógnita por allí. Ello será muy bueno; pero yo no lo entiendo, ni quiero entenderlo, ni que vosotros lo entendáis, porque dicen que pide mucha aplicación, constancia, y método, tres cosas tan enemigas de vuestras almas, como mundo, demonio, y carne.

Diréis pues con gravedad, que si el Autor de la Naturaleza puso todas las cosas in numero, pondere, et mensura (como me parece haber oído en algún Sermón, que oí por casualidad) la Matemática es una ciencia divina, pues su objeto es calcular, pesar, y medir todas las cosas.

De la Geometría aprenderéis lo que son aromas, postulados, escolios, y corolarios. Aprended bien los nombres. y nada más de las figuras, como círculo, triángulo, isósceles escaleno, rectángulo, cuadrado, pentágono hexágono y todos los acabados en gono, que son voces campanudas, así como las siguientes, paralelepípedo, paralelogramo, diámetro, periferia, etc. Diréis lo que es medir distancias accesibles, e inaccesibles, levantar planos, reducirlos de mayor a menor. Explicad como podáis la plancheta, cuadrante, transportador, y otros instrumentos, de lo que hay un tratadito tan bonito y tan chiquito, que se puede llevar colgado con lo dije de reloj. No os metáis en explicar igualmente la pantómetra (palabra compuesta de otras dos griegas, que significan universal medida) no os metáis en eso, digo una y otras mil veces, porque el demonio del instrumentico ese tiene un tratado sólo para sí, y quiera Dios que baste. Alabad a la Geometría, no por conocimiento propio, fino por lo que habéis oído a otros; y jurad in fide parentum, que ella es la basa de toda la Matemática. Citad a Euclides, Tacquet, Tosca, la Caille, Oranam, y otros que, os vendrán a pedir de boca Geométrica. Pasad a la Artillería con la Obra del Caballero San Remy; pero no en la mano que es muy pesada, sino en extracto, esto es, con la lista de sus tratados y capítulos, y una ligera tintura de cada uno. Nombrad a mayor abundamiento la Obra de Don Diego de Álava, de la misma facultad, dedicada a Felipe II. en el año de 1590. Con estas dos, y algún compendio, ensayo, o Diccionario, que habrá sobre este asunto, y yo no sé (porque quién ha de tener tanto Diccionario, ensayo y compendio en la cabeza?) arrojad bombas balas, metralla, postas, clavos, sapos y culebras, por culebrinas, cañones, morteros, minas, y brulotes. Aturdid a todos con parábolas, proyección, ángulos, cureñas, merlones, baterías, plataformas, espeques, pies de cabra, espoletas, granadas, balas rojas, palanquetas, hornillos, y salchichones; y cuando todavía esté el auditorio atolondrado con tanta gresca, encajadle la Catapulta, y otros instrumentos usados en los sitios antiguamente, hasta que civilizadas más las Naciones, e instruidos más los hombres, inventaron el modo de que cuatro o cinco Artilleros, aunque sean cojos y mancos y tuertos, hagan tales habilidades con veinte, u treinta libras de metal, que echen abajo una Falange, entera Macedonia. Volved a lo

moderno, y decid con que gracia se hacen volar por esos aires de Dios a muchos centenares de hombres, empujando por debajo el terreno en que están comiendo, bebiendo, o durmiendo, sólo con aplicarles unos granitos que ni de mostaza; gracias a la travesura de un Españolito, llamado Pedro Navarro, de quien se celebraron entonces este chiste, y otros semejantes.

Como pedrada en ojo de Boticario vendrá ahora a caer una noticia de cómo, cuándo, y dónde se hizo el feliz hallazgo de lo que llamamos hoy pólvora. Buscadlo, que no todo os lo he de decir yo, y os quiero diligentes y aplicados, como ya lo habréis echado de ver.

Pero por cuanto, con mucho menos estrépito y estruendo, ya se habrán muerto de susto la mitad de las viudas, se habrán desmayado las vírgenes, y habrán caído con accidente de alferecía los párvulos que os habrán escuchado, descomponed la cara de Bombarderos que os habréis puesto para esta fogosa conferencia, y poneos otra menos horrenda para explicar los fuegos de artificio, echando por vía de preparación el nombrecillo Griego que tiene este oficio, y es, si no me engaño, sobre poco más, o menos, Pyrothetnica. (Cuidad que el diantre de la palabra le deja a uno, la boca abrasada, y la lengua echando chispas.) Contad los artífices mejores que ha habido desde el primero hasta el famoso Torija el de Alcalá de Henares. Con esto, y con decir que el día de Santa Bárbara celebran los Artilleros su función, reventaréis de sabios en esta materia. De buena gana añadiera a lo dicho una disertación sobre la mezcla y fundición de los metales, y del modo de poner granos a las piezas, pero no es para vosotros.

Para hacer mas amena, en lo que quepa, la erudición morteral, cañonal, y culebrinal, (y ved ahí tres voces nuevas que me debe la lengua Castellana) notaréis que tienen tanta hermandad las ciencias entre sí, que del mismo modo que se llama pieza la Comedia que hace reír los habitantes de una Ciudad se llama también el cañón que derriba sus murallas.

¡Pues qué de la fortificación! Decid cuanto se os antoje de la antigua, que poco vais a aventurar, pues pocos tienen noticia de ella. Si habéis caminado por Provincias, en que se conserven reliquias de fortificaciones mortinas, hablad de almenas, contrapuertas, etc. De la moderna, os aconsejara que os instruyerais por los libros del Mariscal de Varban, Coetlogon, y otros semejantes, en quienes hallaréis todos los mejores métodos de estos, y otros Autores, lo fuerte, y lo flaco de cada obra, sus comunicaciones, ventajas, y propiedades: pero bien me guardaré de caer en tan craso error, y de induciros en el de tomar unas obras voluminosas: por ningún caso consultéis más obras que algún libretillo Francés que no tenga arriba de cien hojas, con márgenes de altobordo: en ella encontraréis cuanto os importe saber de Ornábeques Obras coronadas, revellines, tenazas, caballeros, escarpa, contra escarpas, tenazas, caponera, palizada, glacis, galerías, bastiones, cortinas, troneras, y (cuidado con este par de terminitos) aproches, y contrapoches.

De la Náutica diréis cuanto os venga a la boca, cuando vayáis a ver el canal de Madrid, con decir que hasta el descubrimiento de la brújula no se navegó de provecho, os ahorráis una infinidad de dudas sobre la navegación de los antiguos. Buena gana de andaros ahora

en disputas sobre si conocieron la América, o solamente las Islas Terceras, o si llegaron a la Isla de Cuba, o si efectivamente fue Cádiz lo más remoto que conocieron. Nada de eso. ¿Quinto mejor, más fácil, y más lucido es aprender de memoria un vocabulario de Marina? Os basta saber, y decir que se llama popa la culata del navío, por mas señas que las hay con sus cristales, talla, y dorado, que no parecen sino gabinetes de tocador de alguna Dama: proa, la parte opuesta: bauprés un demonio de un palitroque que sale por encima de la proa, que tiene sus velas como cualquier palo hijo de vecino, una de ellas llamada cebadera: estribor, la parte derecha del navío, mirando de popa a proa: babor la opuesta: barlovento, el lado más cercano al viento, y sotavento el otro: tomar rizos no es poner papeles en el pelo al Capitán del navío, sino encoger parte de la vela que estaba extendida: y con repetir esto con oportunidad, y magisterio, os tendrán por más Marinero que Santelmo, y no habrá vieja que no os pregunte por su marido que viene de Indias.

De Arquitectura civil aprended los principios. Sabed qué es orden jónico, dórico, toscano, etc. columna, basa, cornisa, capitel, entabladura, etc. Aprended los nombres de los Arquitectos de todas las Naciones; y no habléis jamás delante de los Maestros de obras.

De la Astronomía escoged entre los Sistemas de Ptolomeo, Tycobrahe, y Copérnico aquel. que mejor os pareciere. Aprended de memoria las distancias, que los mas célebres Astrónomos han calculado del Sol a los otros Planetas, y son como sigue: Advirtiéndoos que entre los cómputos de mayor y menor ha sacado un amigo éste, que es el media; y yo lo creo bajo su palabra de erudición; porque sobre ser hombre incapaz de levantar ningún testimonio a ninguno de los astros que Dios crió, no quiero yo andarme ahora a evacuar citas entre ellos, tomando a Mercurio por alla, y dejando a Venus por acá y huyendo de Marte, y buscando la tierra y otras cosas de este trabajo y calidad.

Planetas.
Leguas de distancia del Sol.
Mercurio
12000000
Venus
22000000
Tierra
30000000
Marte
46000000
Júpiter
156000000
Saturno
286000000

Y esto bastará para que os tengan por Don Alfonso el Sabio, y mas si empezáis a pronunciar con énfasis las espantosas voces Eclíptica, Coluros, Grados, Planetas, Astros, Estrellas fijas, Eclipses, Discos Paralaxes, Cometas, Elipse, Rotación, Periodo, y los demás que encontraréis en cualquiera Diccionario Astronómico. Ánimo, hijos, que, con

esto sólo he visto lucir algunos que no saben mas, o sin duda fiados en lo que dice Quevedo;

El mentir de las Estrellas
es muy seguro mentir,
porque ninguno ha de ir
a preguntárselo a ellas,

los he visto pasearse por los Cielos como por el prado, y dar movimiento a los cuerpos celestes, como quien da cuerda a un reloj; y no parece sino que Dios se aconsejó con ellos, cuando formó esa máquina. ¿Os parece poco gusto el que tiene un sabio cuando se pasea una noche estrellada con cuatro o cinco majaderos, diciendo: aquella estrella se llama tal, o cual: es de tal magnitud, está a tantas leguas de Getafe: la descubrió fulano, o zutano: aquellas siete, u ocho, o setenta a ochenta forman una constelación llamada de este modo, o del otro? Tomadle el gustillo, y os chuparéis los dedos, y me daréis las gracias, conociendo que hasta, dar conmigo no habéis sabido comer bueno y barato; ni habéis merecido el muy brillante título de Matemático a la Violeta.

DOMINGO

Séptima lección: Miscelánea.

Así como el río, llegando cerca del mar se hace más ancho, más profundo, muestra más mezcladas sus aguas, admite mayores peces, y lleva con mas fuerzas los bajeles de más buque, así también, Señores eruditísimos, mi última lección, que es ésta, será algo mas dilatada más llena de ciencia, más abundante de especies varias llevará mayores trozos de erudición, y arrollará con más fortaleza las objeciones de la ignorancia.

Permitidme que os llame a la memoria el asunto de mis lecciones pasadas, aunque sea necedad hablar dos veces de una misma cosa.

El Lunes aplaudí la excelencia de nuestro siglo, sobre todos los demás pasados, y futuros: en esto seguí la loable costumbre de todos los nuestros, que lo hacen con frecuencia y satisfacción, sin duda, para ahorrar este trabajo a la posteridad que tendrá, tal vez, otras cosas que hacer, o será de otro dictamen. En el mismo día os di un pleno conocimiento de las ciencias, su objeto y su utilidad; y serial también las cualidades, que debe tener todo el que aspire a estudiar con provecho este curso, no queriendo admitir a mi Escuela hebdomadal (qué poco os esperabais este terminillo!) sino a los que muestren esta natural disposición. ¿De qué me servirían unos hombres, que para averiguar una cita se están con los codos compenetrados con el bufete horas y más horas; ni aquellos, que para adelantar en público una proposición, abren diez libros, preguntan a veinte doctores, y gastan cuarenta noches en rumear la especie, y aún después de esto la profieren con modestia, y desconfianza? De nada servirían sino de entristecer mi Academia, de lo que Dios nos defienda.

El Martes os dije mas de lo necesario; estuve superabundante en las materias poética, y oratoria; y a fe que me quedó cansada la cabeza.

El Miércoles os enseñé todos los misterios de la Filosofía de antaño, y de ogaño, de aquende, y de allende. ¡Pero qué bien!

El jueves dije bravas cosas del Derecho de gentes, y de la naturaleza; y cuidado que estuve precioso!

El Viernes os enseñé Teología; y a fe que dije cosas estupendas.

Ayer Sábado hablé de Matemática; y al la verdad, con gran solidez.

Hoy Domingo, después de encargaros que repaséis las lecciones de los anteriores días, algunas veces, mientras os cepillan el vestido, o mientras arrima el coche, os digo que no basta el profundo conocimiento que os he inoculado (¡qué alusión a las viruelas!) con sumo método, y primor; se ha hecho indispensable una tintura menos sólida de otras facultades, y noticias, como son las siguientes.

Historia.
Lenguas vivas.
Blasón.
Música.
Viajes.
Crítica.

Si yo me hallara en vuestro pellejo, me sería fácil adquirir la fama de hombres incomparables en la ciencia histórica, no por cierto, con leer la Biblia, los Varones de Plutarco, los Anales de Tácito, la historia de los Cesares por Suetonio, Dionisio Halicarnaso, y otras de esta autoridad entre las antiguas, la universal de Rolin, las de las Españas, por Mariana, Garibay, Ferreras, Herrera, Zurita, Bernal Díaz del Castillo, Solís, Inca, y otros varios: la de la Gran Bretaña por Hume, la de Francia por el Padre Daniel, y las de los demás países por sus Autores mas célebres; en ninguno de estos prolijos escritos, ni siquiera el universal Compendiador, el Presidente D'Hainault, y sus imitadores y que han reducido los Anales de todos los pueblos del mundo a unos cortos compendios cronológicos. Nada menos que eso. Mucho más os haréis insignes, con decir, que es corto el trecho que hay de la fábula mas ridícula, a la historia más extendida.

Repetid, que tan poca fe dais al Alejandro de Quinto Curcio, y al Cortés de Solís como al Aquiles de Homero. Esto se llama destruir el edificio por el cimiento, y caminar con paso gigantesco al templo de la singularidad, deidad no conocida de los Romanos. Pero como muchas veces los auditorios son como los niños, que si no comen, han de jugar, y si no juegan, han de comer, tomad los expresados compendios, que en pocas hojas os dirán cuanta ha pasado, y si me apuráis, cuanto ha de pasar desde el principio en que crió Dios el cielo, y la tierra, hasta la venida del Ante-Cristo...Bien es verdad que el tal Presidente

dice muy seriamente, que el edificio del Escorial fue edificado por el dibujo de un Arquitecto Francés, (y aquí que no nos oye, miente, voto a tantos, que el tal se llamaba Herrera., por más señas que era Montañés) pero no obstante este descuido, que algunas gentes llaman preocupación, o ignorancia, el citado Presidente sea vuestra guía, y por años os dirá cuanto necesitáis saber.

Las lenguas vivas forman hoy un renglón muy importante de la educación y erudición. Os pido encarecidamente no toméis este estudio de veras porque, esto de aplicarse a la Francesa, Inglesa, Italiana, y Alemana, pide cuatro vidas; y más si os detuvierais en aprenderlas de raíz, esto es, su origen, variaciones, índole, abundancia, o pobreza. progresos, relaciones, y usos. Basta que sepáis del Francés lo preciso para leer algunos libritos que no parecen sino de azúcar, mazapán, y caramelo. Del Italiano lo suficiente para entender las arias que cante alguna dama. Del Inglés decid que es lengua de pájaros; que tiene pocas reglas; que suelen poner la señal del genitivo, dativo y ablativo al fin de la oración: que en sus poesías parten sus palabras por medio, cuando lo necesitan, como el Albañil parte su ladrillo para embutirlo en la pared. Del Alemán decid que es lengua muy áspera, pero alabad su antigüedad. Si decís que de vuestra lengua todas las palabras que empiezan con al, como alcahuete, alcaide, alcuza, alameda, y otros, son arábigos, os tendrán por intérprete general, y tendréis los votos todos, nullo discrepante, para archiveros de la torre de Babel.

En todo esto no hallo más que un solo, y leve inconveniente, a saber, que con el imperfecto conocimiento de tantos idiomas olvidéis el de vuestro mismo país; pero despreciad este escrupulillo, con el consuelo de que muchos retacitos de varias lenguas hacen un idioma entero, porque muchos poquitos hacen un cirio pascual. Quejaos muchas veces de la pobreza del Castellano, y decía, que Carlos Quinto fue un majadero en publicar, que este idioma era el mejor para hablar con Dios, sin duda porque creyó hallar en él mucha majestad, abundancia, dulzura, y energía. Decid que no tenemos en Español palabra que signifique las siguientes Francesas, Papillotage, Coqueterie Persiflage, y otras varias de esta importancia: ni las Inglesas, Rake, Freethinker. Irritaos cuanto puede un sabio contra los Españoles, que pretenden ser su idioma capaz de todas las hermosuras imaginables: que con este motivo citan pasajes de sus Autores antiguos, que ya no entendemos, y que se oponen a la entrada de todo barbarismo, o voz extranjera, como si fuera un ejército Moro, que desembarcara en la costa de Granada.

Como quiera, que habéis de procurar comer siempre con Grandes, Embajadores, y poderosos, tomad alguna noticia de Blasón; sabed lo que es gules, sinople, suportes, faja, timbre, armiño, jefe, punta, costado, pasante, rampante, cuarteles, y otras voces, que parecen de magia negra, y cuatro, o cinco retazos de Blasón; y hablando de vuestra casa decid: mi escudo es de cuatro cuarteles, primero y cuarto al campo de gules, un león rampante de oro, coronado de plata; y el segundo y tercero sinople una águila imperial de plata, coronada de oro, orla de oro, y ocho armiños, tres en jefe, dos en costado, y tres en punta, soportado de dos ángeles, carnación, con dalmática azul, sembrado de leones de oro, por timbre, un camello, y un elefante de plata con bandera de armiño, y por mote, o gritó, ¡Qué pesaos! u otra serie de desatinos semejantes, porque quién os ha de entender?

Tened presentes unas cuantas genealogías libres de polvo y paja y encajad su grano a celemines, que no faltará jumento que lo trague.

De la música hay mucho que hablar. Exclamad que la buena se aniquiló. ¿Dónde hallaremos, diréis, aquella composición que hacía tan maravillosos efectos, como la historia nos cuenta? (esto vendrá mal si habéis dicho que toda historia es fábula; y os tendrán por inconsecuentes; pero esto se reduce a dejar pasar algún intervalo considerable de una conversación a otra, como seis, o siete minutos,) ¿dónde hallaremos, diréis, aquellos efectos prodigiosos que causaban los tonos antiguamente de éste, o del otro modo combinados, y modulados? ¿Qué músico moderno Italiano, o Alemán hará hacer al gran Visir de los Turcos los excesos que Timoteo hizo hacer a Alejandro, a quien dominaba tanto con la música, que le hacía pasar del odio a la ternura, de la ternura al rencor, del rencor a la piedad, y así por todas las demás pasiones humanas? En ninguna parte. Nuestra música está toda reducida a cuatro cláusulas amorosas, o furiosas, sin conexión, modulación, ni dominación sobre el alma: ni el Stabat mater del Pergolese, ni las tonadillas de Mison capaces de mover una tecla de las infinitas que tiene el buen templado órgano del corazón humano.

El renglón solo de viajes es una Babilonia; ¡pero lo que puede el método! En un tris os sacará del apuro. O habéis de viajar en cuerpo y alma, o leer los viajes que andan impresos. Si viajáis efectivamente, guardaos bien de seguir el método que prescribe el adjunto papel, en que me trajeron envueltos unos bizcochos de la confituría, y era del tenor siguiente.

INSTRUCCIONES

(Dadas por un padre anciano a su hijo que va a emprender sus viajes)

Antes de viajar, y registrar los países extranjeros, sería ridículo, y absurdo que no conocieras tu misma tierra: empieza, pues, por leer la Historia e España, los Anales de estas Provincias, su situación, producto, clima, progresos, o atrasos, Comercio, Agricultura, Población, Leyes, costumbres, usos de sus habitantes; y después de hechas estas observaciones, apuntadas las reflexiones que de ellas te ocurran, y tomado pleno conocimiento de esta península, entra por la puerta de los Pirineos en Europa: nota la Población, Cultura, y amenidad de la Francia, el Canal, con que su mayor Rey ligó el Mediterráneo al Océano: las antigüedades de sus Provincias Meridionales, la industria, y Comercio de León, y otras Ciudades; y llega a su Capital: no te dejes alucinar del exterior de algunos jóvenes intrépidos, ignorantes, y poco racionales. Estos agravian a sus Paisanos de mayor mérito: busca a estos, y los hallarás prontos a acompañarte, e instruirte, y hacerte provechosa tu estancia en París, que con otros compañeros te sería perjudicial en extremo.

Después que escribas cada noche lo que en cada día hayas notado de sus Tribunales, Academias, y Policía, dedica pocos días a ver también lo ameno, y divertido, para no

ignorar lo que son sus Palacios, jardines, y Teatros, pero con discreción, que será honrosa para ti, y para tus Paisanos. Después encamínate hacia Londres, pasando por Flandes, de cuya Provincia cada Ciudad muestra una historia para un buen Español: nota la fertilidad de aquellas Provincias, y la docilidad de sus habitantes y que aún conservan algún amor a sus antiguos hermanos los Españoles.

En Londres se te ofrece mucho que estudiar. Aquel Gobierno compuesto de muchos; aquel tesón en su Marina, y Comercio; aquel estímulo para las Ciencias, y Oficios; aquellas juntas de sabios; la altura a que llegan los hombres grandes en cualesquiera Facultades y Artes, hasta tener túmulos en el mismo Templo que sus Reyes; y otra infinidad de renglones de igual importancia; ocuparán dignamente el precioso tiempo; que sin estos estudios desperdiciarías de un modo lastimoso en la Crápula, y libertinaje (palabras que no conocieron mis abuelos, y celebraré que ignoren tus nietos.) Además de estos dos Reinos, no olvides las Cortes del Norte, y toda la Italia, notando en ella las reliquias de su venerable antigüedad, y sus progresos modernos en varias Artes Liberales, indaga la causa de su actual estado, respecto del antiguo, en que dominó al Orbe desde el Capitolio: Después restitúyete a España, ofrécete al servicio de tu Patria; y si aun así fuese corto tu mérito o fortuna para colocarte, cásate en tu Provincia con alguna mujer honrada y virtuosa, y pasa una vida tanto mas feliz, cuanto más tranquila en el centro de tus estudios, y en el seno de tu familia, a quien dejarás suficiente caudal con el ejemplo de tu virtud. Esta misma herencia he procurado dejarte con unas cortas posesiones vinculadas por mis abuelos, y regadas primero con la sangre que derramaron alegres en defensa de la Patria, y servicio del Rey.

Aquí estaba roto el manuscrito, gracias a Dios, porque yo me iba durmiendo con la lectura, como habrá sucedido a todos vosotros, y a cualquier hombre de buen gusto, bello espíritu, y brillante conversación. De otro cuño es la moneda con que quiero enriqueceros en punto de viajes, y así dando a la adjunta instrucción el uso mas bajo que podáis, tomad la siguiente.

Primero: No sepáis una palabra de España, y si es tanta vuestra desgracia que sepáis algo, olvidadlo, por amor de Dios, luego que toquéis la falda de los Pirineos.

Segundo: Id, como bala salida de cañón, desde Bayona a París, y luego que lleguéis, juntad un Consejo íntimo de Peluqueros, Sastres, Bañadores, etc. y con justa docilidad entregaos en sus manos, para que os pulan, labren, acicalen, compongan, y hagan hombres de una vez.

Tercero: Luego que estéis bien pulidos, y hechos hombres nuevos, presentaos en los paseos, teatros, y otros parajes, afectando un aire Francés, que os caerá perfectamente.

Cuarto: Después que os hartéis de París, o París se harte de vosotros, que creo mas inmediato, idos a Londres. A vuestra llegada os aconsejo dejéis todo el exterior contraído en París, porque os podrá costar caro el afectar mucho Galicismo. En Londres os entregaréis a todo género de libertad, y volved al continente para correr la Posta por Alemania e Italia.

Quinto: Volveréis a entrar en España con algún extraño vestido, peinado, tonillo, y gesto, pero, sobre todo, haciendo tantos ascos y gestos como si entraréis en un bosque, o desierto. Preguntad cómo se llama el pan y agua en Castellano, y no habléis de cosa alguna de las que Dios crió de este lado de los Pirineos por acá. De vinos, alabad los del Rin, de Caballos, los de Dinamarca, y así de los demás renglones, y seréis hombres maravillosos, estupendos, admirables, y dignos de haber nacido en otro Clima.

La crítica es, digámoslo así, la policía de la República literaria. Es la que inspecciona lo bueno, y la mala que se introduce en su dominio. Por consiguiente, los que ejercen esta dignidad, debieran ser unos sujetos de conocido talento, erudición, madurez, imparcialidad, y juicio; pero sería corto el número de los Candidatos para tan apreciable empleo, y son muchos los que lo codician por el atractivo de sus privilegios, inmunidad, y representación. Meteos a críticos de bote y boleo. Tomad sin más, ni más este encargo, que os acreditará en breve, con la confianza, que os habrá inspirado este curso, arrojaos sobre cuantas obras os salgan al camino, o id a su encuentro como Don Quijote en busca de los encantadores, y observad las siguientes reglas de crítica a la Violeta.

Primero: Despreciad todo lo antiguo, o todo lo moderno. Escoged uno de estos dictámenes, y seguidlo sistemáticamente, pero las voces modernas y antiguas, no tengan en vuestros labios sentido determinado: no fijéis jamás la época de la muerte, o nacimiento de lo bueno, ni de lo malo. Si os hacéis Filo-antiguos (palabritas de la fábrica de casa, hecha de géneros Latino, y Griego) aborreced todo lo moderno, sin excepción: las Obras de Feyjoo, os parezcan tan despreciables como los Romances de Francisco Estevan. Si os hacéis Filo-modernos (palabra prima hermana de la otra) abominad con igual rencor todo lo antiguo, y no hagáis distinción entre una arenga de Demóstenes, y un cuento de viejas.

Segundo: Con igual discernimiento escogeréis entre nuestra literatura, y extranjera. Si como es mas natural escogéis todo lo extranjero, y desheredáis lo patriota; comprad cuatro libros Franceses que hablen de nosotros peor que de los Negros de Angola, y arrojad rayos, truenos, centellas, y granizo, y aún haced caer lluvias de sangre sobre todas las Obras, cuyos Autores hayan tenido la grande, y nunca bastantemente llorada desgracia de ser paisanos de los Sénecas, Quintilianos, Marciales, etc.

Tercero: No pequéis contra estos dos mandamientos, haciendo, como algunos, igual aprecio de todo lo bueno, y desprecio de todo lo malo, sin preguntar en qué país, y siglo se publicó.

Cuarto: Cualquier libro que os citen, decid que ya lo habéis leído, y examinado.

Quinto: Alabad mutuamente los unos las Obras de los otros; viceversa, mirad con ceño a todo el que no esté en vuestra matrícula.

Sexto: De antigüedades, como monedas, inscripciones, etc. y de historia natural, facultades menos cursadas en España, apenas necesitáis saber más que los nombres, y cuando no, Diccionarios, Compendios, y ensayos hay en el mundo.

CONCLUSIÓN

Cumplí mi promesa. Llené mi objeto: seréis felices si os aprovecháis de mi método, erudición y enseñanza, para mostraros completos eruditos a la Violeta.

SUPLEMENTO
(A “Los Eruditos a la violeta”)

ÍNDICE

En vez de prólogo leed esto poquito, y perdonad la cortedad

Nota

Suplemento

Cartas de varios de mis discípulos

De un matemático a la violeta.
De un filósofo a la violeta a su catedrático
De un publici-juris-perito a la violeta, a su catedrático.

De un Teólogo a la violeta, a su catedrático
Carta de un viajante a la violeta, a su catedrático

En vez de prólogo leed esto poquito, y perdonad la cortedad

Me consta que ha salido, está saliendo, o va a salir una cosa entre crítica y sátira contra mí, y contra el hijo de mis entrañas, el papelito intitulado *Los eruditos a la violeta*.

Los sujetos que forman la sociedad literaria, que me va a impugnar, son personas en quienes contemplo y reverencio el más maduro juicio, la más profunda erudición, la más amena literatura y la más acreditada imparcialidad.

No escriben envidiosos del favor que el público me ha manifestado, ni deseosos de que yo calle en adelante, ni con otro fin alguno de tan mala calidad, sino para enseñar a la Nación, ilustrar la edad presente e inmortalizar su nombre por los siglos de los siglos. Amén.

Nota

El público, el impresor y yo esperamos la impugnación con la mayor impaciencia. El público para divertirse, el impresor para ganar, y yo para aprender. Lo cierto es, que lejos de engendrarse en mí algún odio literario por esto, me hará más apreciable el nombre de mis impugnadores; porque más estimo a un sabio que me contradiga, que a un necio que me aplauda.

Suplemento

En vista de la aceptación con que el público ha favorecido la obra, si así puede llamarse un cuadernillo de papel, cuyo título es *Los eruditos a la violeta*, me veo en la obligación de obedecer las insinuaciones de algunos de mis lectores, y más cuando son del espíritu y del sexo que se puede inferir de la carta siguiente, que me llevó un criado desconocido, a pocos días de haberse publicado el referido curso completo de todas ciencias.

No sabiendo a quién dirigir la respuesta, porque venía anónima la carta, y no queriendo que esto parezca servir de excusa, para dejar de responder, la dirijo al público.

La carta, fielmente trasladada, decía así, ni más, ni menos: «Señor catedrático a la violeta: he visto el papel de Vmd. escrito contra los falsos eruditos, y en favor de los verdaderos sabios. Soy mujer, y por tanto, en el sistema de las gentes, no me han educado con el conocimiento de las Matemáticas, Teología, Filosofía, Derecho público, y otras

facultades serias, porque los hombres no nos han juzgado aptas para estos estudios. El porqué, yo no lo sé, ni creo lo sepan ellos; lo cierto es que mi sexo más hermoso, más suave, más eficaz, más perspicaz y más persuasivo, parece más dispuesto a los grandes progresos apetecidos por los hombres, no obstante la aspereza del suyo. Este es mi dictamen; y exponiéndole lisa y llanamente, me aparto de la vanidad de quererle persuadir a Vmd.

Volviendo al asunto presente, digo que la poesía sola es la facultad única que nos permite el despotismo de los hombres en Europa, así como en Asia el baño es la única diversión que nos conceden con alguna libertad. En este supuesto, el teatro es la única cátedra a cuya asistencia se nos admite. De la escena sacamos nuestra erudición; y Calderón, Moreto, Lope, Metastasio, Corneille, Racine, Crebillon, Maffey y Goldoni forman nuestras bibliotecas. Estaba yo muy satisfecha de que se había escapado a los hombres en esto una tolerancia capaz de llevarnos a todos los conocimientos humanos, cuando mi marido, hombre más racional y más amable que todos ellos, pues lejos de mirarme con desprecio, me instruye, como a sus hijos, me estima, como a sus amigos, y me ama, como a precisa mitad de sí mismo; mi marido, digo, me desengañó, demostrándome que hasta en la misma poesía hay mil tesoros ocultos, que no se descubren en el drama. Me ha explicado y hecho aprender de memoria excelentes trozos de los buenos épicos y satíricos, cuya hermosura y mérito no he hallado en los dramáticos. Con esto, con un rostro mediano, bastante desparpajo y una lengua muy bien colgada, vea Vmd. si me tendré por juez en la materia. Así es; y como tal, después de haber leído la lección de la poesía, que Vmd. puso en el curso completo, y tomado su verdadero sentido, pronuncio, con toda la gravedad que requiere el importante caso presente, los siguientes fallos, a que Vmd. se servirá responder lo mejor que pueda.

I

Las odas de Horacio, trozos de Virgilio, epigramas de Marcial, y en general, todos los versos latinos, que Vmd. copia, debieran tener su traducción castellana al canto, para mí, y para otros individuos de mi sexo, y del de Vmd., aunque Vmd. perdone.

II

Los pedazos de Corneille, Racine, Boileau y otros franceses que Vmd. cita, debieran estar extractados, Zamora, Valladolid y otras ciudades de Castilla la vieja, del mismo modo y por la propia razón que arriba dije.

III

Lo mismo digo, y por la misma causa, de los ingleses e italianos, y aun iba a decir de los griegos; pero me detuve, porque me consta que Vmd. ha olvidado lo poco que supo del -8- idioma de los Píndaros, Homeros, Anacreontes; y sé que la conciencia de Vmd. (digo en lo literario) es demasiadamente escrupulosa para traducir al castellano la traducción latina de alguna obra griega y luego dárnosla por acabada de llegar de Atenas en derechura.

Es cuanto se me ofrece por ahora que decir a Vmd. cuya vida guarde Jove de todo mal; pero sobre todo, de un mal erudito, como Vmd. dice en su «Dedicatoria a Demócrito y Heráclito». Madrid, &c. &c.».

Voy a obedecer, aunque sin más mérito que el de la obediencia, pues estoy firmemente persuadido de que las índoles de las lenguas son tan diferentes, como los temples de los climas y las naturalezas de los suelos; y por tanto creo que ninguna traducción es capaz de dar verdaderas ideas de la excelencia de un original, y ni aun siquiera de las medianas hermosuras.

Empiezo, pues, volviendo a hablar con mis discípulos, de los cuales algunos me han escrito, dándome cuenta de los progresos que han hecho, los aplausos que han tenido, los lances que han desempeñado y las esperanzas que puede formar la república literaria, si se llega a introducir el *Curso a la Violeta*.

Cartas de varios de mis discípulos

I

De un matemático a la violeta.

Muy señor mío y mi venerado maestro: muy señor el demonio, o habla con él a menudo, porque parecen más que humanos los medios que Vmd. da para sacar pasmosos matemáticos, sin estudiar; y no como otros que se aplican muchos años a cada ramo de esta pesadísima facultad, y se quedan mirando los unos a los otros, sin atreverse a decir, -58- siquiera para su consuelo, que han adelantado un paso.

Yo tomé el martes los cordones de Cadete; el miércoles compré un compendio de matemáticas, el cual, según mi librero, es el más breve abreviado de todas las abreviaturas, que puedan hacer honor al abreviador más compendioso; el jueves leí la cuarta parte salteada de la obra; el viernes conocí en mi fuero interno que ya sabía Geometría, especulativa y práctica, Trigonometría, Secciones cónicas, Esféricos de Teodosio, Maquinarias, Arquitectura, Náutica, Astronomía, Álgebra hasta donde puede llegar esta, que Vmd. con tanta justicia, llama algarabía de Luzbel, con aquello de lugares geométricos y cálculo diferencial, integral, potencial y radical; el sábado escogí cuatro o cinco parajes en que lucir mi profundísima erudición, escogiendo la fortificación, como cosa más propia de mi casaca, y sin duda, no hubiera oído misa el domingo sin la fama de universal matemático, si un accidentillo imprevisto no hubiera interrumpido lo rápida de mi carrera, cuando ya iba llegando al término.

Es el caso, que estando en un paraje bastante público, echando por esta boca torrentes de ciencia de arquitectura militar, diciendo entre otras cosas, que el sitio de Gibraltar y hasta ahora se había malogrado por impericia de los sitiadores; pero que me parecía fácil, construyendo frente por frente un fortín, que dominase a la plaza, con una obra coronada,

que tuviese un caballero sobre el baluarte entero, cuidando que este último, y los dos medios baluartes fuesen una especie de torres bastionadas del tercer método de Vauban, guarnecidos con morteros, puestos en 89 grados de elevación, y 500 cañones de cuarenta y ocho a barbeta, proporcionando una batería de saltaren, de modo que... En esto un oficial de bastante edad, y graduación en uno de los cuerpos facultativos, que me había estado oyendo, con mucha humildad mi retahíla, me dijo, dándome una palmadita en el hombro: «Niño, ¿sabe Vmd. qué cosa son esos cañones a barbeta?, ¿entiende lo que es una batería de saltaren?, ¿cuántos métodos de fortificación son los de Vauban?, ¿en qué se distinguen?, ¿qué cosa es un mortero puesto a esa elevación que dice?, ¿a dónde iría la bomba en ese caso?, ¿cómo se había de poner para que fuese en la dirección debida, supuesta tal o tal distancia, y las demás circunstancias necesarias?». Cada pregunta de estas, a que yo respondía con un sí... pero... cuando... como... de modo que... las gentes se reían, yo me ponía colorado, el oficial se compadecía, y acabó diciendo: «Vaya Vmd. caballerito, estudie más, hable menos, y tal vez será algún día un buen oficial de los adocenados».

Ya ve Vmd. señor catedrático, que este es un chasco del calibre de los cañones, que ya quería poner a barbeta. Me hizo fuerza por entonces; y determiné aplicarme de veras a la parte de las matemáticas, que necesita un oficial, si aspira a ser algo más útil que un soldado raso, pues conocí que las más sublimes, y las que han hecho el embeleso de Newton, y los que han adelantado sobre sus descubrimientos, pedían más descanso, comodidad y tiempo, que lo que da de sí esta carreta. Me valí para esto de un amigo, que me dirigió en la compra de los libros necesarios para mi fin; no me desanimó cuando me dijo que se necesitaban, a lo menos, cuatro años, continua aplicación, talento despejado y buenos maestros. Ya tenía dispuesto mi viaje para una de las academias establecidas con este objeto, ya formaba el ánimo de continuar mi estudio por las partes más sublimes, y casi divinas de esta ciencia, después de concluidos los años del curso académico; ya por fin conocía que apenas, de cien hombres, hay uno que tenga el genio matemático, cuando me encontró otro discípulo de Vmd. el cual conociendo mi confusión en el semblante y estilo, dijo con ímpetu: «¡Pobrete!, ¿qué crees que sea menester algo de eso para ser continuo censor y aprobador de Euclides, Arquímedes, Kirker, Newton, Leibnitz, Sauddero, Ozanam, Wolfio y los restantes? Anda, que eres un tonto, vuelve a tu antiguo humor, y perezca en el suyo el que te quiera entristecer; ¿qué sacarás de tanto estudiar?, malas noches, días tristes, jaquecas, ausencias de la sociedad, privación de placeres y ridiculeces de estudiosos. Si te entregaras a esas especulaciones, abstractos raciocinios, silogismos encadenados, largas demostraciones y continuas tareas, no tendrías tiempo de perfeccionarte en el baile, en que has hecho tan envidiables progresos en tan pocos meses; no estrenarías el juego de hebillas, que acaban de regalarte; no te dejarías arreglar el pelo por ese divino peluquero, que acaba de llegar; no podrías pasearte en aquel primoroso coche; no asistirías a aquel gracioso tocador ; no, no, no, no valdrías nada. Te silbaríamos tus buenos compañeros, te abandonaríamos tus buenos amigos, y se malograba en ti una edad deliciosa, una persona agradable, una voz halagüeña, un genio gracioso y tantas prendas como naturaleza te dio con pródiga mano. Ensánchate el corazón y vuelve a nuestro método a la violeta. Y vámonos al prado».

Me hizo tanta fuerza, que obedecí; me burlé del vicio, que me reprendió; me irrité contra los concurrentes que me criticaron; abracé a mi nuevo y digno director, y di a Vmd. mil alabanzas, como a mi muy venerado catedrático a la violeta.

A Dios, señor, y tengo el honor de, &c.

II

De un filósofo a la violeta a su catedrático

Muy señor mío y mi maestro: Mi edad es de diez y nueve años, ocho meses, tres semanas y dos días y medio, sobre minuto de diferencia; tengo buena vista, buena voz, dinero a mano, libros en mi estante, buena memoria, volubilidad de lengua, ademanes misteriosos, genio un poco extravagante por naturaleza, y otro poco por arte; distracciones naturales las unas y artificiales las otras; mucha gana de ser tenido por hombre sabio, poca gana de estudiar, tertulia en que lucir, padres ancianos a quien embobar, criados que me adulen, tontos que me escuchen, y un concepto de mí cual pocos; de más a más he leído su papel de Vmd. y con singular aplicación la lección de la Filosofía antigua y moderna, con que vea Vmd. si seré un verdadero filósofo a la violeta. Pero esta narración por sí sola no tendría mérito alguno, si no fuese prólogo de mis glorias literarias. Mediante su saludabilísimo consejo de Vmd. hallé la obra de Mr. de Saverien, que Vmd. cita en su página tantas, y de toda lo que te costó al autor la recopilación de todas las sectas filosóficas, antiguas y modernas, he sabido aprovecharme en el minuto que quise; así como, (vaya una comparación a la violeta,) así como una dama primorosa, o, lo que es aun más primoroso, un petimetre, en un instante, y en una sola sentada, come en pocos bocados, el pescado de la costa de Cantabria, el aceite de Andalucía, la canela de Asia, el azúcar de Jamaica, el café de Moca, el vino del Rhin, la manteca de Flandes, el queso de Inglaterra, el jamón de Galicia; en fin, el producto de las cuatro partes del mundo aderezado con los cuatro elementos de la naturaleza. ¡Cuánto hubiera Vmd. dado por haber estado oyendo por un rinconcito la otra noche a este su discípulo, a esta su hechura literaria, lucir en un gran circo de gentes, con motivo de haber saltado un espejo de chimenea, por la imprudencia de uno que le arrimó una bujía demasiado cerca! ¡Cuántas cosas dije del fuego! 1. Burlé la antigua opinión de que la luna fuese el centro de la llama; 2. dije que el fuego no quema porque tenga virtud, como dicen los que así lo dicen, combustiva; sino porque tiene unas particulillas tan sumamente penetrantes y volátiles, que se introducen, &c. &c. &c... De allí salté como el espejo al azogue que forraba al cristal; también dije cosas muy buenas, y callé otras tantas mejores, por ciertas razones que yo sé, y no quiero decir. Después tomé oportuna ocasión para hablar del calor, frío, humedad y sequedad, y salió el termómetro, barómetro, aerómetro. Caí por incidencia en lo del aire, y no perdí un momento en nombrar, y casi, casi explicar la máquina neumática, y en tan buen camino no paré hasta tropezar con el *horror vacui* de nuestros benditos Stagiristas; y ya iba a traer toda la naturaleza a mi inspección, cuando se me volcó el carro; pues habiendo pasado de lo físico a lo metafísico, y de esto a lo moral, y hablando muy aprisa, hube de decir algunas cosas extrañas, porque vi que unos de los concurrentes se santiguaban, otros me miraban, otros se giraban, otros alzaban los ojos,

otros se tapaban los oídos, otros se sonreían, otros se reían a carcajada tendida; y por más que procuré atraer la atención del auditorio con nombres de filósofos, máximas filosóficas y retazos de filosofía, no hubo remedio; tuve que dejarlo, y aprovechándose de este intervalo un hombre bastante regular, me dijo: «Tengo sesenta años, los cuarenta de estudios mayores, a fe muy serios y metódicos; he leído con reflexión alguno de esos autores que Vmd. cita tan rápidamente; los he leído en su original; y protesto, sin afectar modestia, que conociendo lo poco que se puede saber, los muchos yerros en que se puede caer, los delirios que se pueden adoptar, y lo limitado que es nuestro entendimiento, me contengo en las conversaciones. Cuando Vmd. tuviera bastante discernimiento para conocer los filósofos que escribieron por raciocinio, y los que escribieron por capricho; los que hablaron solo para su propio uso, y los que intentaron dejar preceptos a los siglos futuros; los que han sido traducidos fielmente, y los que nos han sido transmitidos con infidelidad; los que se deben entender en el sentido directo, y los que escribieron alegóricamente; los que nos quedan en todo, y los que no nos han llegado sino por fragmentos; cuando tuviera Vmd. bastante reflexión para distinguir la que debe admitir y desechar de cada uno de ellos, una vida de cien siglos para leerlos, una madurez suficiente para no dejarse llevar de tal, o tal pasto; una edad regular para captarse algún respeto; en fin, cuando concurrieran en Vmd. todas estas prendas, sería todavía inaguantable ese tono magistral con que se ha puesto Vmd. a decir cosas que no comprehende, voces que no entiende, libros que no ha visto, autores que no ha leído, y ciencia que pide otro juicio. Vmd. perdone esta libertad, que te parecerá muy grande, y no es sino muy inferior a la que Vmd. y sus semejantes se toman, abusando de la moderación con que suelen presentarse los hombres verdaderamente sabios.

»Considere Vmd. mi buen catedrático y amigo qué tal me quedaría yo, y más cuando prosiguió mi hombre: ‘Si la Filosofía es el amor a la sabiduría, como hasta ahora se ha dicho, si la sabiduría es una cosa tan rara, y en tan pequeña cantidad concedida a los hombres, y si el hombre no puede llamarse tal hasta que sus pasiones se humillan a la edad, a la virtud y al estudio. Hable Vmd. de Ovidio, Cátulo, Propercio, Guarini, Lope, Garcilaso, Villegas y dirá Vmd. puerilidades amorosas, pero no delirios peligrosos, si no tiene el valor de dedicarse, con constancia a estudiar por ahora los principios de los mejores filósofos, para aprender a fondo su doctrina, cuando llegue el tiempo más apto’.

»Digame Vmd. señor y maestro, qué he de hacer si me hallo otra vez en un lance semejante, pues de aquel ya me libró la fortuna, con motivo de entrar un paje en la sala a dar noticia de la comedia que hacían aquella tarde, a cuya importante expedición había sido enviado por el amo de la casa, otro filósofo co-Violeto, o condiscípulo mío, en su escuela de Vmd. cuya vida guarde Dios muchos años, &c.».

NOTA. Se me había olvidado decir, y no pasaré de aquí sin decirlo, porque no se me olvide en adelante, que en el curso completo de todas las ciencias, no hablé de leyes civiles, ni de medicina. Con todo cuidado lo omití; porque como tengo muchos mayorazgos, espero heredar otros más, mi carrera es de hacer dinero, y mi genio es de atesorarlo; no quiera formar malos abogados que pierdan mis pleitos; y como mi salud

está en su punto, no quiero criar malos médicos que me maten. Esta nota no viene aquí al caso, y así, el escrupuloso, crítico, mirado y circunspecto lector no la lea ahora, sino cuando le parezca más conveniente.

III

De un publici-juris-perito a la violeta, a su catedrático.

Maestro y señor mío: No soy con Vmd. en aquello de que la lección de derecho de gentes y naturaleza, sea muy trivial. ¿Qué llama Vmd. trivial? Más ha de quince días que estoy estudiando los librotes citados en la lección del día miércoles (menos el Ayala, Vera y Menchaca), y a fe, a fe que no me atrevo a decidir entre Vatel y Wolfio en la controversia que Vmd. cita. Las notas del comentador Barbeirac me han confundido más. Pero como, gracias a Dios, tengo mi sangre en mis venas y mi lengua en mi boca, no puedo contenerla estos días en que se ha hablado de rusos y turcos. Si Vmd. me hubiera oído pronunciar armisticios, Romanzow, Arlow, rehenes, congresos, &c., ¡qué gozo hubiera sentido su corazón! Si Vmd. hubiera presenciado la admiración que causó a todos el oírme citar todos los tratados de paz que pude traer a la memoria, ¡cómo se hubiera Vmd. complacido en su discípulo! Pero desde que leí la canción de Argensola, que, empieza *Ufano, alegre, altivo*, &c. me sospeché que había pocas cosas estables en este mundo, (¡y a fe que es lástima!) me lo he ido persuadiendo con ejemplos, de lo que he visto por mí mismo, y me lo acaba de persuadir el lance que voy a recitar, con harto dolor de mi corazón, llanto de mis ojos, temblor de mis labios y rubor de mis mejillas. Quiso, pues, el enemigo, que sin saber cómo, ni cómo no, me planté de patitas en una disertación sobre la constitución electiva y la hereditaria; y cuando estaba en lo más engolfado, un concurrente que se había estado jugando con otros al revesino, durante mis lucimientos, al tiempo de dar el caballo de copas, se volvió hacia mí con cara de un verdadero energumenado; gritó ¿qué me había de suceder teniendo detrás de mi silla a este don Cienlenguas? Señor mío, si Vmd. dice una sílaba más de esta clase, le delato al Gobierno por republicano, a la Sociedad por perturbador, y al Hospital de Zaragoza por loco; que será lo más ajustado. ¿Por qué? (repliqué yo) y acordándome de la advertencia de Vmd. le eché todos los autores citados a cuestas: «¿Por qué? ¿Acaso le he dicho a Vmd. una palabra que no esté corroborada por las mayores plumas de esta facultad?» «Si Vmd. hubiese leído esas obras con la meditación que ellas merecen, (replicó el otro,) y no con la ligereza que ustedes suelen, notaría el abuso que hace de ellas; y si las lee como hasta aquí, no hable delante de gente ignorante de ellas, porque la llenará de absurdos, ni hable delante de los instruídos, porque estos le llenarán de mofa y desprecio». Esto dijo, y volvió a barajar sus naipes, como sucedió en la cueva de Montesinos, testigo don Quijote, cuando dijo aquel sujeto: «paciencia y barajar». Pero yo, y todos mis compañeros quedamos justamente persuadidos de que la rociada que me echó aquel caballero era efecto del mal humor que cría el alargar el caballo de copas en tales circunstancias, más que del escrúpulo que sentiría al oírme los que a él le parecían desatinos. Contentos de esta frasecita que hemos repetido con frecuencia unos y otros en todas nuestras asambleas, vuelvo a seguir religiosamente sus saludables preceptos de Vmd. y cueste lo

que costare, soy, he sido y seré siempre afectísimo, rendidísimo y obsequiosísimo discípulo y servidor de Vmd.

Q. S. M. B.

Fulano de Tal.

IV

De un Teólogo a la violeta, a su catedrático

No debieran tanto los navegantes al que descubriese el punto de longitud en la mar, como las ciencias le han debido a Vmd con el curso que ha hecho de todas ellas. Pero la teología, sobre todas, le debe singular obligación. El silogismo con que Vmd. empieza la lección del día viernes, es un esfuerzo increíble de la razón humana. Lo he aprendido, no sólo de memoria, sino también de entendimiento y voluntad, y la repito con frecuencia; ¡y ojalá con igual suceso! Al entendedor pocas palabras, y Vmd. me mande como que soy su admirador y discípulo. P. D.

¡Si viera Vmd. qué hombres hay tan extraños en el mundo!

V

Carta de un viajante a la violeta, a su catedrático

Mi norte y muy señor mío: Esto de hablar de países extranjeros, sin haber salido de su lugar, con tanta majestad como si se hubiera hecho una residencia de diez años en cada uno, me acomoda muy mucho. Para esto basta comprar un juego de viajes impreso, que también le aumentan a uno la librería de paso; y para viajar efectivamente se necesita un gran caudal, mucha salud, la posesión de varias lenguas, don de gentes y mucho tiempo, totalmente dedicado a este único objeto. Por tanto, luego que leí el párrafo de viajes que Vmd. pone en su obra (digo el párrafo a la violeta, porque el otro, copiado del papel en que venían envueltos los bizcochos, no tuve la paciencia de tragarlo,) me determiné a ver Turín, Dublín, Berlín, Pekín y Nankín, y sin salir de mi cuarto. Sus discípulos de Vmd. no somos hombres que dejamos las cosas en solo proyectos; pasé a ponerlo en ejecución. Salí muy temprano de casa, y encontré en la escalera a mi padre, quien extrañando la hora y traje, me preguntó a donde iba: «Voy a viajar», le respondí con aire. El buen viejo no entendió mi respuesta, y fue tanto lo que tuve que repetirla, explicarla y amplificarla, que me pareció más corto decirle: «Bien es verdad, señor, que no sé cuanto hay de aquí a Toledo, ni si en Carabanchel hay universidad, en Salamanca puerto de mar, en Cádiz campos de trigo afamados, en Zaragoza astillero, en Cartagena hospital célebre, en Murcia fábrica de armas, en Vitoria catedral famosa, ni sé si está Jaca en la frontera de Portugal y Badajoz en la de Francia, ni sé hasta dónde llega la memoria de la población de España, ni en qué tiempo ha sido conquistada, ni conquistadora, qué familias han reinado en estos tronos, en cuántas coronas ha sido dividida, cuándo se reunieron, quién descubrió las Américas, quiénes las conquistaron, en qué reinados se hizo la conquista,

qué ventaja o perjuicios ha causado la agregación de tantos dominios a esta Península, qué influjo tuvo sobre las costumbres españolas la abundancia americana, qué uso podemos hacer de ellas, ni de nuestras posesiones en el mar del Asia, ni de una y otra navegación, ni en fin, el auge, decadencia y resurrección de esta Monarquía; nada de esto sé, ni he sabido, ni sabré, ni creo me importa saber para nada de este mundo, ni del otro; pero quiero saber que es el Vauxhall de Londres, los músicos de Amsterdam, de Luxembourg, de París, cómo se monta la parada en Postdam, qué altura tienen las casas en Viena, cuántos teatros hay en Nápoles, cuántos cafés en Roma, y...» interrumpiome mi padre con blandura diciendo: «Ven a tomar chocolate conmigo a mi cuarto, y óyeme, no como a un padre, que te impone respeto, sino como a un amigo que desea tu bien». «Buena fresca para mí, dije yo, que tengo ya dispuesta mi silla de posta, para emprender mi jornada». «¿Qué silla de posta?», replicó mi padre: «Sí señor, insté yo, un coche Simón, que ya ha arrimado a la puerta para llevarme a todas las librerías de Madrid en busca de una obra de viajes». «Ven acá, hijo mío, me respondió mi padre, sosiégate un poco; óyeme, y si no te hiciese fuerza mi discurso, entrégate a tu deseo». Pasome entonces por la cabeza una antigua preocupación en que estábamos antes de esta nueva ilustración, y era, que el hijo debe cierta obediencia al padre, y así le seguí hasta su cuarto, no sin el escrúpulo de que este mi padre era primo hermano del que escribió aquella pesadísima instrucción, que Vmd. tuvo la paciencia de copiar. Senteme junto a él; y cogiéndome una mano, me dijo:

«Soy tu padre, y conozco las obligaciones de este empleo, que da la naturaleza, el mayor en su República; no me faltan caudal, voluntad, ni gusto de cultivar el talento, que he descubierto en ti, aunque en medio de un confuso tropel de ligerezas propias de tu edad y de la crianza libre, que te dio tu madre en los años, que mis comisiones me tuvieron lejos de esta casa. En vista de todo esto, días ha que pienso en enviarte, con el tiempo, a ver no sólo las cortes principales de Europa, sino también algunas de la Asia, donde la variedad de costumbres y trajes te inspire una plausible curiosidad de indagar noticias útiles.

»Pero eres muy joven para viajar, sin peligro de malograr el tiempo, y muy ignorante de las cosas de tu patria, para que te sean provechosos el conocimiento de otros países; y tu proyecto de comprar esos viajes impresos, que andan por esas librerías, es puerilidad pura. Te aseguro que los hombres que han escrito con más solidez en otras materias han delirado cuando han querido hablar de los países extranjeros por noticias, que son los documentos de que se valen los más de los que escriben esos viajes; y no ha sido mucho menor el desacierto de los que escriben lo que ven, porque es mucha la preocupación con que se suele viajar. De esto último hay mil ejemplares, y de lo primero otros tantos. Me acuerdo haber leído, cuando era muchacho, un libro de esa clase, en que el autor, entre otras cosas, refería que el sitio del Buen Retiro está a dos leguas de Madrid; que la esposa de Carlos II, habiendo caído del caballo, estuvo a pique de ser despedazada, por no poder ningún caballero de su corte llegar a tocarla en tal peligro, sin hacerse reo de la vida, según las leyes del reino: que en España las mujeres hasta ahora han tenido, y tienen la precisión de beber antes que sus maridos, siempre que comen juntos; y otras mil insulseces semejantes o peores. Pero si quieres convencerte de esta verdad, has de saber, que el señor presidente de Montesquieu, a quien con tanta frecuencia citas sin entenderle, no obstante lo distinguido de su origen, lo elegante de su pluma, lo profundo de su

ciencia, y en fin, todas las calidades que le han adquirido tanta, y tan universal fama en toda Europa, y aun entre nosotros, en todo aquello en que su doctrina no se oponga a la religión y gobierno dominantes, falta a todas sus bellas prendas, y parece haberse transformado en otro hombre, cuando habla de nosotros, en boca de un viajante, y comete mil errores, no nacidos de su intención, sino de las malas noticias que le subministraron algunos sujetos, poco dignos de tratar con tan insigne varón, en materias tan graves como la crítica de una nación, que ha sido muy principal en todos [los] tiempos, entre todas las demás. Cualquier ruso, dinamarqués, sueco o polaco, que lea la relación de España, escrita por la misma pluma que el *Espíritu de las leyes*, caerá con ella en un laberinto de equivocaciones, a la verdad absurdas; con que igual riesgo correrá un español que lea noticias de Polonia, Suecia, Dinamarca o Rusia, aunque las escriban unos hombres tan grandes como lo fue Montesquieu».

«Señor, dije yo entonces, aprovechándome de un corto silencio de mi padre, es imposible que un hombre, tan grande como ese, caiga en esos yerros, que Vmd. llama equivocaciones absurdas».

«Pues oye, hijo mío, replicó mi padre, oye algunas de ellas, y cree que no te las digo todas, porque ni convienen a tus oídos, ni a mi boca. Toda la relación que hace aquel caballero, mereciera, sin duda, una respuesta difusa, metódica y sólidamente fundada en la historia, leyes, buena crítica y otros cimientos. Dice, pues, en una de las cartas críticas, que con nombre de *Cartas Persianas* andan ya bastantemente esparcidas, entre mil cosas falsas, las siguientes: advirtiendo que el decir que se ha equivocado el señor presidente de Montesquieu, en esto no es negar su grandísima autoridad en otras cosas, porque tengo muy presente lo que dice el célebre español Quintiliano, cuando encarga que se hable con mucha moderación de los varones justamente celebrados.

»Dice, con mucha formalidad: *Que siendo la gravedad nuestra virtud característica, la demostramos en los anteojos y bigotes, poniendo en ellos singular veneración; que contamos, como mérito especial, el poseer un estoque, y tocar, aunque sea mal, la guitarra; que en virtud de esto, en España se adquiere la nobleza sentada la gente en las sillas, con los brazos cruzados; que hacemos consistir el honor de las mujeres en que tapen las puntas de los pies, permitiendo que lleven los pechos descubiertos; que las novelas y libros escolásticos son los únicos que tenemos; que no tenemos más que un libro bueno; a saber, uno que ridiculiza todos los restantes; que hemos hecho grandes descubrimientos en el nuevo mundo, y que no conocemos el continente que habitamos; que aunque nos jactamos de que el sol nunca deja nuestras posesiones, no ve en ellas sino campos arruinados y países desiertos, y otras cosas de esta naturaleza*».

«Y con mucha razón que lo dice», salté yo, con toda la viveza y alegría que siento siempre que oigo hablar mal del país en que nací. «Muy errado va el censor», respondió mi padre, sin inmutarse. «Hubo mucha preocupación de parte de quien le dio semejantes noticias, y mucha ligereza de parte de quien las escribió sin averiguarlo; y si no, oye, la respuesta de todo este cúmulo de cosas, aunque muy de paso.

»1. Lo de que la gravedad sea nuestra virtud característica, y que la demostramos en nuestros anteojos y bigotes, poniendo en ellos la mayor consideración, es sátira despreciable. Las virtudes características de los españoles han sido siempre el amor a la religión de nuestros padres, la lealtad al soberano, la sobriedad en la mesa, la constancia en la amistad, la firmeza en los trabajos y el amor a las empresas de mucho empeño y peligro. Lee nuestra historia, y lo verás. En España nunca se han considerado los anteojos sino como una señal de cortedad de vista.

»2. Que contamos por mérito especial el poseer un estoque y tocar, aunque sea mal, la guitarra, no tiene más fondo, a menos que el talento de un mancebo de barbero o el de un torero quiera darse por apetecible en todos los gremios de la nación; lo que no me parece regular.

»3. Que la nobleza en España se adquiera en la ociosidad de una silla, es una contradicción de la historia, no sólo de España, sino de Roma, de Francia, de Alemania y de otros muchos países. Todas las casas de consideración en España se han fundado sobre un terreno de que fueron echados a lanzadas los moros, durante ocho siglos de guerras continuas y sangrientas, aunque con la disparidad de tener los moros toda África en su socorro, y no tener nuestros abuelos más amparo que el que les daba el amor a su religión y patria. Me parece muy apreciable este origen, y no creo que haya nación en el orbe, cuyos nobles puedan jactarse de más digno principio. Pero otros de nuestros nobles principales, y los tenidos y reconocidos por tales, aunque tal vez no demuestren su descendencia de padres tan gloriosos, siempre fecharán su lustre desde los que pelearon en Italia, Alemania, Flandes, Francia, América, África, Islas de Asia y por esos mares, bajo el mando de los Laurias, Córdobas, Leivas, Pescaras, Vastos, Navarros, Corteses y Alvarados, Alvas, Bazanes, Mondragones, Verdugos, Moncadas, Requesens y otros, cuyos respetables nombres no pueda tener ahora presentes; pero que tú podrías saber, si en lugar de malgastar tu tiempo, lo emplearas en leer los Marianas, Zuritas, Ferreras, Herreras, Solises, Estradas, San Felipes, con los Mendozas y otros historiadores. Aun más altos lugares que estos ocupan las casas de nuestros nobles de primera jerarquía, que descienden de varias familias reales. Hasta en la corrupción de querer ennoblecerse los que nacieron en baja esfera, se ve la veneración que tributan a la verdadera nobleza, pues siempre se fingen un origen en las provincias, de donde dimanó la libertad de España; pero ninguno pretende ilustrarse sentado en una silla muchas horas, como dice el señor Montesquieu, que se usa por acá, ni comprando con una hija rica el hijo noble de una casa pobre, como dicen que se usa en otras partes.

»4. Que hacemos consistir el honor de nuestras mujeres en que lleven las puntas de los pies tapados, con la pueril especie de antítesis de que se les permite llevar descubiertos los pechos, es otra especie nueva para todo el que haya visto cuadros de familia y retratos de nuestras abuelas, a quienes apenas se les veía las caras; y supongo que de aquellos tiempos habla el tal caballero, porque en los nuestros visten en Madrid, como en París, testigos tantos millones como salen anualmente de Espina, en la compra de cintas, blondas, encajes, &c.

»5. Que nuestros libros se reducen a novelas y libros escolásticos, es también otra cosa infundada. Compárense las fechas de nuestra literatura y de la Francesa, en punto de lenguas muertas, Retórica, Matemática, Navegación, Teología y Poesía. Oigan lo que algunos autores franceses confiesan sobre la antigüedad de las ciencias, en este, o en el otro lado de los Pirineos. Léase la biblioteca española de don Nicolás Antonio, se verá el número, antigüedad y mérito de nuestros autores, sin contar los que no tuvo presentes, y los que han florecido desde entonces, hasta la publicación de las *Cartas Persianas*. Si dijera que desde mediados del siglo pasado hemos perdido algo, y particularmente en matemáticas y física buena, y de más a más nos indicara la causa y el remedio, haría algo de provecho.

»6. Segunda, parte de esto es lo que sigue diciendo; a saber: Que no tenemos más que un libro bueno, y es el que ridiculiza todos los restantes. Ni el tal libro es el solo bueno, ni ridiculiza a todos los restantes. Sólo se critican en él los de la caballería andante y algunas comedias.

»7. Alguna noticia que tuvo de las Batuecas mal traída, sin duda, le hizo decir que teníamos en nuestro continente países poco conocidos. Ahora esto ya ves cuan floja crítica forma; y con poco menos fundamento dice: «que aunque nos jactamos de que el sol nunca deja nuestras posesiones, no ve en ellas sino países desiertos y campos arruinados». Lo cierto es, que la disminución de la población de la península (de millones en tiempo de Augusto, en tiempo de Fernando el Católico, y en el nuestro, sin contar las provincias de Portugal) ha arruinado en mucho este país, pero siempre estará muy lejos de verificarse, mientras no se aniquile la cultura de Cataluña, donde se han plantado viñas en las puntas de los cerros, y suben los hombres atados con cuerdas para trabajar, y la fertilidad de Andalucía, donde desde Bailén, a la orilla de la mar, materia de cincuenta y tantas leguas, no se ve sino trigo y aceituna; la abundancia de la huerta de Murcia, en cuyas cercanías ha habido ejemplar de cogerse ciento y veinte fanegas de cosecha por una de sembrado; las cosechas de Castilla la vieja, que en un año regular puede mantener media España, y otros pedazos de la península, que la hicieron el objeto de la codicia de las primeras naciones que comerciaron y navegaron.

»Con que conocerás el peligro que hay en hablar de un país extranjero sin haberlo visto, aun cuando se posea un gran talento, un sólido juicio, una profunda erudición y un carácter respetable en las Repúblicas política y literaria».

Aquí paró mi padre; y se levantó dándome su mano a besar, según su ridículo estilo antiguo, y diciéndome que deseaba enviarme a Valencia a que viese un pedacito de terreno que me había comprado, y añadido, al corto, pero honroso vínculo de su casa.

Dígame Vmd. qué he de hacer en este caso, pues aquí que nadie nos oye, aseguro que me quedé casi casi confuso, conociendo, que si sigo el dictamen de mi padre, seré un gran *sector* toda mi vida, y no podré *brillar*, como deseaba, y veo, no sin envidia, a otros; cuan fácil me hubiera sido conseguirlo con los documentos de Vmd. cuya importante vida guarde el cielo para instrucción de sus discípulos, aumento de las ciencias, ornamento de

este siglo filosófico y civilizado y alivio de los que no tienen genio de estudiar como yo, &c. &c.

(Aquí la firma.)

Post-scriptum o post-data.

Mire Vmd. si yo había tomado poca determinación. Era mi ánimo salirme unos quince días de España, y volver preguntando, no cómo se llama el vino y pan en castellano, según Vmd. lo aconseja en su muy sólida, madura y benemérita instrucción, sino preguntando, viendo a mi padre con otros amigos suyos: «¿Quién de estos caballeros es mi padre?».

Esto sí que me hubiera inmortalizado en la República a la violeta. Vmd. mismo me hubiera tenido envidia.

NOTICIAS PERTENECIENTES a esta obra, o bien anécdotas o lo que sea, que el demonio de la palabrilla me gustó la primera vez que la oí, la repito siempre que hay ocasión, y jamás la olvidaré, aunque ni entonces la entendí, ni ahora la entiendo, ni la entenderé jamás; ¿pero qué importa no entender una palabra, para pronunciarla con frecuencia y desembarazo?

A la demasiada austeridad del siglo pasado en los ademanes serios, que eran tenidos por característicos de sabio, ha seguido en el presente, una ridícula relajación en lo mismo. Entonces se creía que no se podía saber, sin esconderse de las gentes, tomar mucho tabaco, tener mal genio, hablar poco y siempre con voces facultativas, aun en las materias más familiares. Ahora al contrario, se cree que para saber, no se necesita más que entender el francés medianamente, frecuentar las diversiones públicas, murmurar de la antigüedad y afectar ligereza en las materias más profundas. Los siglos son como los hombres, pasan fácilmente de un extremo a otro. Pocas veces se fijan en el virtuoso medio.

No sé como hubiera aguantado la ridiculez de los tiempos, si hubiera nacido cien años antes; pero sé que no puedo tolerar la superficialidad de los sabios aparentes, de que se ha inundado la península en la era en que vivo. Este torrente arrebata cuanto encuentra, y no hay obstáculo que oponerle, sino otro de igual naturaleza, a saber, otra superficialidad.

De aquí me vino el pensamiento de escribir una crítica de estos falsos sabios, hablando en su estilo por los siete días de la semana, tratando en cada uno de ellos una de las principales facultades. Comuniqué esta idea a un amigo, a todas luces apreciable. Este, cuyo nombre debo callar, habiendo hecho su elogio, aprobó mi intento, sintiendo con más razón que yo el número y perjuicio de estos *pseudoeruditos*, porque posee a fondo algunas facultades, singularmente la buena física y las matemáticas, con un gusto muy fino en los demás ramos de literatura. Di principio a la obra, y la continué con el método

de llevar a su casa cada día lo que había hecho la víspera, con cuya ocasión me reprendía o aplaudía lo trabajado como amigo; esto es, sin disimular los defectos por adulación, ni tacharme por envidia lo que le parecía bueno. A pocos días, llegué a la conclusión de la obra, y no intentando publicarla, la dejé olvidada cerca de un año, hasta que otra amigo, de igual aprecio, se encargó de publicarla, lo que se hizo con las licencias necesarias y la fortuna de despacharse toda la impresión *(menos veinte y siete ejemplares, para que el diablo no se ría de la mentira)*, antes que se pudiese anunciar en la *Gaceta*.

Las críticas que se han hecho de la obra, son como acontece en estas ocasiones, las unas malas y las otras buenas; de las últimas las tres siguientes me parecen las más notables.

I. Que el artículo de la Retórica era muy corto. Es verdad; y lo hice así por no abultar demasiado aquella lección, habiéndome dilatado tanto en la poesía, facultad que me deleita, a quien debo el consuelo de algunas pesadumbres, y será siempre el remedio de mis melancolías.

II. Que la obra no era mía, porque no podía ser mía; yo respondí a quien me lo dijo: «la obra puede ser mía, porque es mía».

III. Que yo mismo me he retratado. Si se entiende por erudito a la violeta un hombre que sabe poco, declaro que me he retratado con vivísimos colores, por más que el amor propio quiera borrar el cuadro. Pero si se entiende por erudito a la violeta lo que yo entiendo, y quise que todos entendiesen desde que puse la pluma al papel; a saber, uno que sabiendo poco, aparente mucha ciencia, digo que no se me parece la pintura ni en una pincelada. De la calumnia apelo a los que me tratan, y digan si jamás se me ha oído hablar de facultad alguna con esa parada y ostentación, por más que me incitan a ello los ejemplos de tantos como veo y oigo por ese mundo lucir con cuatro miserables párrafos que repiten, así como un papagayo suele incomodar a toda la vecindad con unas pocas voces humanas mal articuladas.

FIN